

Crónica de ambos Mundos.

REVISTA QUINCENAL

DE POLÍTICA, LITERATURA, CIENCIAS, INDUSTRIA Y COMERCIO.

AÑO II.

LUNES, 10 DE JUNIO DE 1861.

NÚM. 10.

SUMARIO.

Crónica general.—Luis Velez de Guevara, por D. Federico Villalva.—*Recuerdos de Florencia.*—Lord Byron, por Don Ricardo de Molina.—*Sobre la situación del Pontificado.*—*Estudios sobre la Fábula* (conclusion), por D. Miguel Agustín Príncipe.—*El Ferro-carril de Cartagena*, por Odracir.—*Revista de Madrid.*

CRÓNICA GENERAL.

I.

Obedeciendo el Gobierno el impulso de la opinión pública, ha aceptado al fin la anexión de Santo Domingo. Las dilaciones que sufría este asunto, era causa mas que suficiente para creer que bien por ciertos reparos, ó ya por razones mal entendidas de conveniencia, no se manifestaba muy propicio el gabinete á que volviera el territorio dominicano á formar parte de la monarquía española.

Así se creía generalmente, y la voz pública atribuye la resolución adoptada, nó al Gobierno, sino á la imprescindible necesidad en que se ha visto de ceder á una voluntad mas poderosa que la suya.

La prensa de todos los matices, ha felicitado unánimemente por su acuerdo voluntario, ó forzado, á los consejeros de la corona, y nosotros hemos sido de los primeros en hacerlo así en nuestro *Diario*. Ante las ventajas que obtendrá España con la anexión, nada significan los pequeños inconvenientes que pueda tener. Todos lo han reconocido así, y por eso se ha recibido el decreto con aplauso general.

La obra, sin embargo, está imperfecta, y no puede juzgarse de ella con acierto hasta conocerla por completo. El gobierno ha aceptado la anexión, pero no ha dicho en qué forma. Ni los españoles ni los dominicanos saben aún si el nuevo territorio pasa á ser una *colonia* ó una *provincia* de España. Siempre que estos han hablado de anexión, ha sido en la creencia de que se daría á su país una organización análoga á la que tienen las islas Canarias, y nó igual á la de Puerto-Rico y Cuba, y cuantos documentos oficiales han llegado á manos del Gobierno, hacen insinuaciones que no dejan la menor duda acerca de los deseos de los dominicanos en este punto. En España se comprende que la transición de republicanos á habitantes de una colonia es demasiado violenta y que las leyes que rigen en Cuba y Puerto-Rico, no están muy en armonía con los adelantos del siglo, y por lo mismo esos deseos hallan favorable acogida.

De las pocas disposiciones que el Gobierno ha tomado en el asunto, se desprende, no obstante, que de lo que se trata es de hacer de Santo Domingo una colonia con ciertas escepciones, en gracia de la espontaneidad de su anexión, pero limitadas é insuficientes.

Las tendencias que los haitianos manifestaron á seguir el ejemplo de los de Santo Domingo, han cesado por completo. Escitados los negros por los anti-anexionistas emigrados de Santo Domingo, han variado de propósitos y manifestándose hostiles al nuevo orden de cosas establecido en Santo Domingo. Temerosos, no obstante, y no considerándose tranquilos al ver á España en su isla, no dejan de pensar en la anexión, pero nó á nuestra patria, sino á Francia. En este sentido han dado varios pasos cerca del gobierno de París, el que gravemente preocupado con las cuestiones pendientes en Europa, no ha hecho gran caso de sus gestiones ni mostrándose muy ganoso de ejercer el protectorado ni la dominación en la República Haitiana.

De tal situación, de ese temor que los haitianos tienen á nuestro establecimiento en aquella isla, y de sus deseos de buscar un apoyo en una nación extranjera, creemos que debiera el gobierno procurar sacar partido. Conduciendo hábilmente el asunto, tal vez se conseguiría hacer comprender á los haitianos que ese apoyo que desean podían tenerlo en España, y la anexión no sería imposible en su consecuencia. Hay motivos para tener, por cierto, que no ha pensado en semejante cosa, que no ha dado ningun paso en tal sentido; y es verdaderamente sensible que cuando se podía andar lo desandado y llevar el asunto al estado que tuvo en un principio, no se procure hacerlo sin embargo.

El gobierno del nuevo territorio se ha conferido, aún cuando interinamente, al general Santana, si bien declarándolo subordinado al de la isla de Cuba; se supone que esa interinidad cesará pronto, y que el antiguo presidente de la República pasará á ser el Capitan general y gobernador en propiedad de la Colonia.

Los servicios de éste General, van á ser premiados convenientemente, y tambien se habla de gracias que á consecuencia de la anexión se concederán al Capitan general de Cuba y al de Puerto-Rico.

La indecisa manera con que el gobierno ha resuelto la cuestión dominicana, ha sido causa de que no haya adquirido con la anexión toda la vitalidad que era de esperar. Lejos de sér así, ni aun ha conseguido siquiera paralizar el desmoronamiento que viene sufriendo de algun tiempo á esta parte.

Nunca han circulado con mayor insistencia que en

esta quincena, los rumores de modificación, y aún de cambio ministerial. Incesantemente se ha hablado de una y otra cosa, dando por sentado, en el caso de que, fuera modificación, el resultado, que saldrían del gobierno los ministros de Estado, Fomento y Gracia y Justicia; que el de la Gobernación, pasaría al de Estado; y que los otros dos ministerios serían confiados á individuos de la fracción progresista, que está al lado del gobierno.

Como precisamente la cuestión que hace tanto tiempo viene trabajando al gabinete, es la de la eliminación del elemento moderado, se consideraba la resolución de separarse de éste como favorable y propicia para que el gobierno adquiriese nueva vida y pudiera emprender una marcha mas acomodada al bien del país, que la que sigue.

Pero tan obcecado se halla el Presidente del Consejo, que en esa misma solución venía á desvirtuar por completo el efecto del cambio, y á reducirlo á una simple variación de personas. El Sr. ministro de la Gobernación, que como es sabido, es la encarnación del moderantismo y el jefe de la falange moderada del gabinete, del que han emanado todos los proyectos de la ley retrógrados presentados á las Cortes y que ha aparecido siempre como patrocinador de todas las medidas reaccionarias, quedaba en efecto en el gobierno. Verdad es que abandonaba su ramo á manos mas espertas, pero además de que su influencia en el Consejo quedaba en pie, iba á confiársele un puesto importantísimo en las actuales circunstancias, y al cual llevaría indudablemente sus desaciertos. No hacia falta otra cosa en el estado actual de España y de Europa, cuando en todas las naciones se nota un movimiento liberal, y hasta los gobiernos mas retrógrados se lanzan en la senda del progreso, que un hombre como ese al frente del ministerio de negocios extranjeros, que llevará la reacción á los asuntos internacionales.

Por esto mismo sin duda, por lo absurdo que era querer romper con el elemento moderado, conservando á su inspirador, y por la dificultad que habia de cortar los misteriosos lazos que unen al ministro de la Gobernación con el Presidente del Consejo, no se ha resuelto la crisis y las cosas continúan en el mismo estado.

El decidido propósito de este, de no separarse de aquel ministro, hace creer que la crisis no ha sido provocada por la conveniencia de admitir en el gabinete á individuos de la fracción progresista, sino por alguna otra causa de esas que no salen á luz con frecuencia tales como son en sí. La opinión pública, que rara vez se engaña, designa como muy probable la de ciertas exigencias que se suponen manifestadas por el Embajador francés, cuyas relaciones con el Sr. Ministro de Estado no son, como es notorio, las mejores. Parece que ha dado á entender al Presidente del Consejo que podrían resultar desavenencias de la actitud respectiva del ministro y de él, y que comprendiendo éste la conveniencia de evitar esas desavenencias, dió á entender al Embajador que tendria en cuenta sus indicaciones y al ministro de Estado que le era forzoso separarse de su cooperación.

Esta es la version que corre mas acreditada.

Como con la clausura de las Cortes, no resolvió el gobierno ninguna de las grandes cuestiones que le obligaron á decretarla, los elementos que habia conjurados contra él, han continuado dándole en qué pensar. La comisión del Senado encargada de dar dictámen sobre el proyecto de ley de gobierno de las provincias, lejos de haber variado de modo de pensar, sigue creyendo que deben introducirse en él reformas que anulan las victorias alcanzadas por el ministerio en el Congreso. Una derrota en la alta Cámara seria cosa de tan mala compostura, que casi forzosamente debia ocasionar un cambio de gabinete; y conociéndolo y queriendo evitarlo á todo trance, se asegura que el gobierno ha resuelto concluir con la comisión que le dá tan malos ratos. Para conseguirlo, le basta con dar por terminada la legislatura de 1860, toda vez que al comenzar la nueva habrá que hacer nombramientos de comisiones. Verdad es que este recurso tiene sus inconvenientes, por que ha de traer tras sí una elección de Presidente y Vicepresidentes del Congreso y con ella una batalla; pero como cuentan con una mayoría respetable, á prueba de buenos sueldos, en la cámara popular, no vacila en echar el pecho al agua.

Momentos ha habido en que ha pensado huir de una y otra cosa, disolviendo las Cortes. La prensa ministerial se ha hecho eco de sus propósitos acerca del particular, y las oposiciones han cobrado nuevo valor, al ver próxima la ocasión de medir en las urnas electorales sus fuerzas con las del gobierno. Pero como unas elecciones es siempre asunto delicado, por que aun cuando la *influencia moral* haga de las suyas, imponga canditos y saque diputados dóciles, las tropelias que para desarrollar esta influencia y hacerla eficaz tienen que cometer las autoridades hallan en el país la conveniente reprobación, y tiene que cargar el gobierno con toda la adversidad de los actos de sus agentes electorales, ha desechado este con horror la idea, y ateniéndose á lo de terminar la legislatura y mudar la comisión del Senado, aún á costa de la elección presidencial del Congreso. No hay rosa sin espinas.

Uno de los más crueles tormentos que ha sufrido el amor propio del gobierno, ha sido el desagrado con que la prensa ha acogido su ley de imprenta, y las manifestaciones que repetidamente ha hecho de que á ella prefiere la vigente.

De tal modo le ha llegado al alma esta conducta en su concepto inicua y abominable, por el desagradecimiento de que hace gala, que ha resuelto, segun se ha dicho, aplicar este verano en toda su extensión y fuerza la ley vigente, para que escarmentada la prensa acoga cuando se abran las Cortes con mejores propósitos la ley en proyecto.

Difícil es que se obtenga este resultado, porque la nueva ley es indudablemente mucho peor que la antigua, y siempre aparecerá preferible á ella esta. Lo único que conseguirá el gobierno será tener á la prensa sujeta al yugo que idearon los ultra-moderados, y recrearse con las condenaciones, recogidas, mutilaciones, multas etc., etc. que lluevan sobre ella.

La cuestión de Marruecos vá tomando un aspecto bastante desagradable. El plazo nuevamente concedido

para el pago de la indemnización se acerca á su terminación, y sin embargo, nó tan solo no hay el menor indicio de que los marroquíes puedan cumplir lo estipulado, sino que todo induce á creer que ni tienen reunido ni quieren tampoco reunir el dinero necesario para pagar.

Sería curioso saber lo que piensa hacer el gobierno en el caso de que el término espire y no nos hayan pagado. ¿Tolerará qué así se falte á lo convenido? ¿Llevará nueva suerte la guerra á Africa? Hé aquí, lo que se ignora, pero lo único entre lo que se cree qué habrá que escoger dentro de poco.

II.

Imposible es casi seguir en su rápido vuelo los múltiples y variados sucesos que tienen lugar hoy en Europa, y por lo mismo imposible es también apreciarlos en su verdadero valor y señalar las consecuencias lógicas que de ellos se desprenden; tal se suceden, y de tal manera pasan.

Cada día se teme que, merced á este ó al otro acontecimiento, se turbe esta paz aparente, bajo la cual se agitan todas las tempestades; cada día la esperanza renace, y parece que la calma vuelve por un momento á reinar en los pueblos de Europa. ¿Quién es, pues, capaz de prever, en vista de los sucesos de hoy, lo que ha suceder mañana?

Son tantos, tan variados y de tan diversa índole los intereses de los pueblos y de los gobiernos europeos, tantas y de tal magnitud las cuestiones que nuestra generación está llamada á resolver, que en vano trataremos de conocerlas, pues, como la hidra de la fábula, por cada cabeza que se corta al monstruo, le nacen otras cien más horribles y espantosas.

Apenas sonó orillas de Tesino el cañonazo que anunciaba la reorganización de Italia cuando otros pueblos que lloraban en silencio las injusticias de que eran víctimas, se apresuraron á sacudir el yugo: nó por la fuerza, por que no se creen con las bastantes para vencer, sino por la resistencia pasiva, última pero elocuente manera que tienen los pueblos oprimidos de afrentar á sus opresores.

Tras la cuestión de Italia, estaba la de Hungría, la de Polonia, la de los Principados danubianos. No nos sorprende, pues, que los húngaros hayan saludado con júbilo á los vencedores de Solferino, que los polacos hayan seguido el ejemplo de la ciudad de Pesth, que los cristianos de la Herzegovina hayan rechazado á los soldados turcos; todo es consecuencia lógica, la emancipación de Italia.

Si esta emancipación debe llevarse hasta el último extremo, si Venecia y Roma deben, llegado su día formar parte de esa gran nación que nace del lado de ella de los Alpes, si se debe constituir bajo el cetro del monarca de la casa de Saboya, ó formar una confederación republicana, si en fin al pensamiento de Cavour debe suceder el de Mazzini, no es en este momento y natural de un solo suceso de nuestra incumbencia ave-

riguarlo, hasta que sepamos que Nápoles, agitado por los emisarios de la casa de Borbon, empieza á entrar en la vida normal, y que los pueblos que hoy se hallan bajo el cetro del nuevo rey de Italia sueñan ya con sus futuros destinos, y que parecidos al niño, sonríen en su cuna al risueño porvenir que creen se les prepara.

Sueñan con los triunfos que la raza latina debe conseguir más adelante, y creen que los pueblos neolatinos, lo mismo que los lavos van á repartirse el dominio del mundo, enseñoreándose los primeros del Africa, haciéndose dueños los segundos del Asia.

Los pueblos germánicos desaparecerán entonces bajo el peso de esas dos grandes naciones con que sueñan los panslavistas, y Inglaterra será alejada del Mediterráneo y atada á su estéril roca, verá con ojos envidiosos la felicidad ajena y llorará su propia impotencia: después del pensamiento de la monarquía universal, nada hay comparable con este sueño!

Pero Italia balbucea todavía la palabra sagrada, y aún gime Venecia bajo el peso de los batallones croatas. La obra de la unidad es larga y difícil, hoy ya más difícil que nunca: hé aquí por qué el emperador de los franceses no puede esperar mucho de sus aliados, ni estos creen con justicia que el día de nuevas y esplendentes glorias está cercano. Napoleon, sin embargo, no desiste, hay un empeño en hacer participe de las glorias de Francia, de unir los destinos de esta nación á los demás pueblos de la raza latina, cuya cabeza según el Bonaparte debe ser París.

El príncipe Napoleon está encargado según parece de hacer de Lisboa un centro de contratación, que haga á la capital del reino vecino dueña del comercio trasatlántico, liberándola así del dominio y tutela de la Gran Bretaña. Como se vé, el sueño de Luis Napoleon es grande, pero la ambición es mala consejera.

Como luchar el imperio francés con Inglaterra? El primer imperio ha querido destruir á la Gran Bretaña, y esta idea está ingénita, digámoslo así, en los Bonapartes; pero el capitán del siglo fué impotente para llevar á cabo su propósito, y bajo el cielo inglés, en una árida roca á cuyos pies gemían incesantemente las olas del Atlántico, fué á espiar sus ambiciosas esperanzas. No es esta una elocuente lección, que Luis Napoleon III debe tener presente? Si la es, y por eso, en esa vacilación, en esa amistad púnica que parece profesar á su mayor enemiga, en esos eternos incesantes deseos de humillar con sus glorias esplendentes la mediana feliz y poderosa de la Gran Brantaña, vemos nosotros un síntoma evidente de que Francia huirá de entrar en lucha con su afortunada rival, mientras tanto no secreta mas fuerte y piense que el éxito debe serle propicio.

¿Y cuándo sucederá esto? nunca, podemos asegurarlo; tiene Inglaterra en sus manos el rayo más seguro y poderoso con que aniquilar el poder de Bonaparte, tiene la resolución.

Hé aquí la amenaza más terrible, que hace callar al emperador de los franceses, y le obliga á entrar en las mil tortuosas sendas de su política, política que vive del misterio y entre las sombras.

Poco importa que en la cuestión de Siria parezca que

la opinion de la Francia es la que prevalece, poco importa que en la cuestion de Italia sea Napoleon quien la lleve á su verdadera y fatal solucion, poco, en fin, que en Paris se forjen los rayos con los cuales se quiere aniquilar el poder británico: en Siria como en Italia, la Francia consume sus recursos inútilmente por una vana y lejana esperanza, pues contra las maquinaciones de los Bonapartes tienen los ingleses á los príncipes de la casa de Orleans y á los republicanos, el duque de Aumale y Victor Hugo.

¿Qué hacer, pues? nada más que lo que se hace, fomentar la marina, adiestrar soldados, hacer encubiertas amenazas, minar el suelo que ha de hundirse bajo sus plantas. Rusia es una poderosa aliada; no la molestemos, se dice, dejemos á los polacos entregados á su desgracia; el imperio, como la casa de Orleans, nada puede hacer por ellos; el emperador necesita la amistad del Czar, que como su augusto aliado tiene la vista fija en el Asia, y mirá con horror flotar la bandera británica en las islas Jónicas, y en vano los desdichados polacos vuelven sus ojos á esa nacion que se llama aliada de los pueblos oprimidos; ella hizo demasiado ya por los italianos, y además, Polonia, no puede darle en pago de su libertad el mas pequeño territorio para ensanchar los límites del imperio. Perezcan, pues, bajo el peso de los soldados rusos! la Francia no puede hacer más por ellos que recomendarles la resignacion!

Esta es la Francia, la gran Francia, la que desea ponerse al frente de la raza latina, para llevarla al cumplimiento de sus altos destinos! ¡Locura y vanidad!

Despues de las gloriosas jornadas del primer imperio, quedóle á la Francia estenuada, las glorias de la dinastía de julio, pero el segundo imperio será más desdichado; á su caída no dejará en pos de si mas que el trastorno general.

¿Qué será entonces de esa nacion tornadiza y lijera, á quién todo lo nuevo place, que de todo se cansa, y que ha pasado siempre y por su voluntad, de la libertad á la tiranía?

¡Una centralizacion llevada á su último extremo, despuebla los departamentos y se agolpa á la gran ciudad, Francia sostiene ejércitos en Siria y en Roma y en Cochinchina, ávida de gloria, quiera ser la primera en la lucha, lo mismo en Crimea, que en Italia, que en las abrasadas llanuras del imperio de Auman, que ante las puertas de la ciudad celeste, parece que quiere decir á la Inglaterra que ante el valor de sus soldados callen los soldados ingleses, y que sus capitanes eclipsan la gloriosa memoria de los Spinolas y de los Leivas y Bazanes! Pueril vanidad que ha de costarle su postracion y aniquillamiento.

Y en tanto, ¿qué hace Inglaterra? Prudente y astuta á un mismo tiempo, sabe ceder sin humillarse, sabe hacer prevalecer su politica en las cuestiones que le interesan de cerca.

No se tema que á pesar de la aparente y dudosa victoria de la Francia en la cuestion de Siria, pierda la Gran-Bretaña la influencia que á despecho de Rusia y de Luis Napoleon tiene en Oriente, ella sabe de que modo se hacen estériles las ambiciosas miras de ambos

emperadores, y los buques ingleses serán, á pesar de todo, los señores del Bósforo y del Adriático, como lo son del Atlántico.

Poco importa que la cuestion de los Principados Danubianos vuelva á presentarse de nuevo, poco, tambien, que cercana la ruina del imperio otomano, se trate de alejar de allí á los ingleses y repartirse los restos de ese imperio desmoronado entre la Rusia y la Francia; Inglaterra es bastante fuerte todavía y dispone de recursos que faltarán pronto á Bonaparte; Francia paga bien cara la gloria de pesar en los destinos del mundo, Inglaterra pesa en ellos tambien y de una manera terrible y difícil; muy difícil ha de sér que sea arrojada de los congresos, y que su consejo ó su amenaza no haga detener á los nuevos poderosos en su marcha conquistadora.

Las naciones viven al presente presa de una estraña locura, preséntanse todas las grandes cuestiones para que los hombres de hoy las resuelvan, nó segun lo que conviene, sinó segun lo que es justo, y estamos en verdad, llamamos á presenciar estrañas cosas. Ya no sanciona el tiempo las iniquidades, ya los pueblos buscan sus límites y alianzas naturales; al nuevo derecho corresponde una nueva sociedad, y la guerra que ha empezado en Italia y que debe conmover el mundo, es la que vá á decidir bien pronto qué clase de justicia ha de reinar en el mundo.

He aquí por qué en Italia, lo mismo que en Hungría, en Polonia lo mismo que en los Principados danubianos, se preparan á la lucha que todos temen, y cuya iniciacion quieren dejar todos á su enemigo.

El interés de la civilizacion está, en verdad, en que el carcomido y vacilante imperio de Oriente caiga y desaparezca para siempre, que los cristianos de los principados se escapen de la pesada tutela de los turcos y recobren su perdida nacionalidad, y que Polonia no gima bajo la presion de los soldados del Czar; pero ¿se conseguirá?

Creemos que sí; ha sonado ya la hora marcada por los acontecimientos, para que el imperio otomano deje pasar adelante la civilizacion que tanto tiempo hace está detenida, digámoslo así, á las puertas del Asia, y en lo sucesivo pueda el cristiano visitar sin temor los sagrados lugares en que Jesucristo vivió y padeció por los hombres. Ya el emperador de Rusia libertó á veinte millones de hombres de una oprobiosa servidumbre, escándalo de Europa y azote de aquel imperio poderoso; ya el Austria, amenazada por todos lados, conoció que era llegada para ella el momento de las concesiones, la hora triste de las forzosas restituciones.

Este es el estado de Europa: el volcan está á punto de estallar; cuáles sean sus resultados es lo que se ignora.

El suceso mas imprevisto puede encender una guerra terrible, y aunque es verdad que todos la temen, éslo tambien que todos la necesitan, para salir de esta inquietud, de esta amarga incertidumbre en que se vive.

LUIS VELEZ DE GUEVARA.

III.

Apenas llegan á ochenta las comedias que se conservan de Luis Velez de Guevara. De estas hay algunas que debieron ser escritas por su hijo D. Juan, pues desdican completamente del género de las que se conocen de positivo como suyas. El Sr. La Barrera, en su laureado *Catálogo del teatro antiguo español*, trae una lista de todas las obras dramáticas de aquel ingenio que han llegado hasta nosotros, de las ediciones que de algunas de ellas hay hechas, así como de las que se encuentran manuscritas.

No copiaremos el trabajo del Sr. La Barrera, porque al trasladar los títulos de las comedias, quisiéramos apuntar el mérito de cada una, y lo raro y escondido de sus ejemplares no nos ha permitido tenerlas todas á la vista. Citaremos solo aquellas que nos son mas familiares.

Comenzaremos á nombrarlas por *Reinar despues de morir*, la mas bella, la mas sentida, la mas inspirada de las composiciones dramáticas de Velez. En ella todo es bueno, desde el asunto hasta los caracteres, de la esposicion al desenlace, desde los recursos y las situaciones hasta la versificación, y con menos lirismo en esta, seria una obra perfecta. Versa el argumento sobre el conocido episodio histórico de doña Inés de Castro, y está pintada con unos colores tan maestros esta desgraciada mujer, interesan de tal manera sus hijos y sus amores, que difícilmente se hallará en todo el teatro español personaje que inspire al corazon tan dulces sentimientos. «Está la poesía de esta comedia, dice el Sr. Mesonero Romanos, impregnada de un perfume tan melancólico y tierno, que si no hubiera quedado mas obra de Velez, bastaria ella sola para colocarle en un lugar muy distinguido entre nuestros buenos autores.»

En la imposibilidad de trasladar íntegra esta preciosa obra del ingenio ecijano, y no sabiendo qué versos elegir de toda ella, copiamos los siguientes, quizá no los mejores:

DOÑA INÉS.
 ¿A Alvar Gonzalez y Coello,
 Inhumano, me entregais?—
 Hijos, hijos de mi vida,—
 Dejádmelos abrazar.—
 Alfonso, mi vida, hijo,
 Dionis, amores, tornad,
 Tornad á ver vuestra madre.—
 Pedro mio, ¿dónde estás
 Que así te olvidas de mí?
 ¿Posible es que en tanto mal
 Tu vista me falte, esposo?
 ¿Quien te pudiera avisar
 Del peligro en que afligida,
 Doña Inés, tu esposa, está?

¿Hay exclamaciones mas naturales, mas sentidas, ni mas dramáticas?

Los Hijos de la Barbuda es un interesante drama, en que Velez despliega todo el lujo de la vigorosa poesía castellana, adornada con sus galas primitivas, imitando con bastante propiedad la *fabla antiga*, y poniendo de manifiesto la rudeza y energía de los tiempos de Garcia Sanchez de Navarra. Hay en esta obra escenas de un efecto magnífico, y entre ellas citaremos la siguiente: Marsilio, rey moro de Zaragoza, viene encubierto al palacio del rey de Navarra, donde, en un alarde de bravura, se descubre arrojando un guante de desafio á los caballeros navarros. Entonces los dos hijos adolescentes de doña Blanca de Guevara, infanzona viuda, á

quien llamaban la *Barbuda* por su arrogancia y varoniles bríos, se disputan el guante; cójenle al mismo tiempo, y no queriendo ninguno de ambos soltar la parte de que se ha apoderado, le rompen. El diálogo entre los dos hermanos es digno de que le publiquemos.

ORDOÑO. Suelta, Ramiro..... ¿Ahora del?.....

RAMIRO. Deja, Ordoño.

ORD. A mí me toca.

RAM. Yo le he ganado primero;

Deja.

ORD. Cuida que me enojas.

RAM. Si aquí non fincára el rey.....

ORD. A non fincar su persona.....

RAM. ¿Qué ficieras?.....

ORD. Te matára.

RAM. Sue'ta.....

ORD. Fasta que se rompa. (*Rómpele.*)

RAM. Esta mitad me es asaz.

ORD. Con esta mitad me sobra

Para buscallo primero.

RAM. Yo fincaré con la gloria.

Son notables las siguientes palabras de la *Barbuda* contestando al rey, que la moteja porque lleva en su retiro un traje no muy en uso ya.

Quien ya la corte non mira,
 Sinon la campiña, avara
 De lisonjas y mentira,
 Non ha menester, señore,
 Otro traje que el villano;
 Conserva mas el honore,
 Que non aquel cortesano
 Lleno de enfado y primore.

Aunque parece ser de su hijo D. Juan, nombraremos aquí tambien *El Marqués del Basto*, comedia sin interés y sin pensamiento, en la que hay, sin embargo, un carácter arrogantemente descrito. Es este un soldado valenton, cuya charla entretiene sobremana. Tambien en esta comedia brilla un romance, que seria lindísimo, á no quedar terminado por un simil rastrero.

Los Tres portentos de Dios, que tambien tenemos á la vista, no puede en manera alguna ser de Velez de Guevara, el padre. Ni sus personajes, ni su accion pertenecen al poeta ecijano. A mas de esto, la única edicion que hemos visto es de Sevilla, donde fué oidor de su Audiencia D. Juan Velez, y es natural que este allí la escribiese.

Drama notable entre los de nuestro autor, es *La Montañesa de Asturias*, vigorosamente caracterizado con descripciones llenas de armonia y de verdad. Hay en él lo que aun hoy pareceria monstruoso, si estuviese mal definido; una pasion incestuosa, tan bien comprendida y con tanto acierto bosquejada y combatida, que la consideramos como el trabajo mas difícil de Velez.

Muchos serian los trozos que tomaríamos de esta composicion, si el espacio lo consintiera, entre ellos un bellissimo apólogo sobre los dones de la fortuna; pero lo hacemos solo con los dos siguientes: D. Manrique de Lara llama á Ordoño III de Leon y al conde Garcia-Fernandez de Castilla, salvo el anacronismo de treinta años, á que tomen las armas contra Alhakem II, entre otras, con estas palabras:

¿No os afrentais que sus yeguas
 Beban el agua del Tormes,
 La del Pisuerga y el Duero,
 Y á nuestros muros asomen?
 ¿No os afrentais de que sean
 Las fieras de nuestros montes,
 El coco de nuestros hijos
 Y freno de tantos nobles?
 ¿Cómo no volveis las armas

Contra sus cuellos feroces,
Para que vuestras hazañas
A España restauren y honren?
Vuelve en tí, Ordoño, que siglos
A Leon y Asturias goces,
Y mira que el homenaje
De tu padre al cielo rompes,
Aconsejado sin duda
De ingratos aduladores,
Que son músicas sirenas
De los reyes que los oyen..... etc.

Pelaya, la montañesa de Asturias, enamorada de don Ramiro, un advenedizo, que la obtiene, abandona su lugar exclamando, perdida ya su honra:

Lo que habeis fecho no tien,
Pelaya, otra redempcion,
Que fugir donde non son
Homes, nin fembras se ven.
El vuestro honor hais perdido
Como sándia, en tiempo breve,
Y finca el que vos lo debe,
Si non cansado, dormido.
Si non miraste por vos
Enantes, mirad agora,
Que haberos sido traidora
Me habeis de pagar, ma Dios.
Adios, casa, donde hué
Mi nacimiento y mi daño;
Adios, robles, donde ogaño
Mi colmenar comencé.
Adios verde pejugar,
Que yo por mi mesma mano
Aré y sembré con mi hermano,
Y non vos puedo regar.
Adios, gallinas queridas,
En quien ya gusto non fallo,
Que en faltándovos el gallo,
Luego fincásteis perdidas.
Adios, gansos, que mijor
Fuérades tras mi fortuna,
Pues tendreis allá laguna
Del llanto de mi dolor.
Adios, alimañas mias,
Nunca á mi pracer avaras;
Adios, adios, aguas craras;
Adios, adios, aguas frias.
Non me falle aquí afrentada
El dia que al sol espera.....
Seré la fembra primera
Que se arrepiente gozada!.....

Llegamos al drama episódico mas perfecto de Velez de Guevara.

Mas pesa el rey que la sangre, tomado de la defensa de Tarifa por Guzman el Bueno, merece ser citado extensamente. Narraremos su argumento, siguiendo la accion del drama.

D. Sancho el Bravo, que es, al decir de Velez,

«..... rey de Castilla
Y de Leon, por la gracia,
Como dicen comunmente,
De Dios, y su buena maña.»

acaba de entrar en Sevilla, que se le ha rendido, despues de estar mucho tiempo por los Cerdas. Nombra al maestre de Santiago, D. Rodrigo de Mendoza, teniente de Tarifa, á la sazón amenazada por Jacob Almanzor (Yussuf abu Yacub). Preséntase al rey don Alonso Perez de Guzman, á quien y á su hijo D. Pedro trata con dureza, por haber pertenecido el prime-

ro al bando de los Cerdas. Al saber luego D. Sancho que Guzman habia alcanzado el segundo galardón en el torneo celebrado con motivo de las fiestas reales, le insulta y le agravia delante de los cortesanos. Pide Guzman el plazo que, conforme á fuero, tenia para desnaturalizarse, y el rey solo le dá de término para salir de Sevilla hasta aquella misma noche. Los nobles, condenando el acto tiránico del monarca, salen acompañando al desterrado, por deudo y por amigo. Molesta á D. Sancho esta salida, que su hermano D. Enrique juzga muy natural, é irritado por la defensa que el infante hace de D. Alfonso, pone mano á la daga para herirle, crimen que evita D. Enrique dejando al rey á solas. Preséntase á este tiempo un emisario de Aben Jacob, que viene á matar á D. Sancho, pero al ver á este con la daga en la mano y con la espresion de la cólera en el semblante, cae á sus piés temeroso y cobarde, y le descubre el secreto de su mision. Entonces, y para que contraste la bravura del rey con su generosidad, perdona al moro, y le dá, con objeto de que la lleve á Jacob, su misma daga. «Levanta, dice,

pierde el temor;

Que yo en rendidos no mancho
Mi acero, que soy D. Sancho,
Y el Bravo me llama el suelo
Castellano, y no merece
Brazo que á mí se atrevió
Que le dé la muerte yo.
Tu valor te favorece,
Tu ardimiento te acredita,
Tu temeridad te abona,
Tu confesion te perdona,
Tu temor lo solicita.

.....
La vuelta no te resisto;
Libre, este suceso cuenta,
Y á Aben Jacob representa
Solamente lo que has visto.
Retrátele mi semblante,
Y el valor que en mí te admira.
Y dile que de Algecira
El ejército levante,
Y que al Africa se vuelva,
En fé de esta relacion,
Antes que su remision
Con su vida lo resuelva;

.....
Y en rehenes, y en señal
De esta palabra, le envío,
Empeño del valor mío,
Este desnudo puñal,
Con que me hallaste en la mano,
Y de la vaina saqué
Para castigar la fé
Mal segura de un hermano;
Que hay que temer tanto en mí,
Y tanto en él que dudar,
Que aun armas le quiero dar
Y añadir número en tí.
Porque en llegándole á ver
Me dé, aunque apele al huir,
Mas aceros que rendir
Y mas hombres que vencer.

El infante, entretanto, pasa á dar una satisfaccion á Guzman, y á aconsejarle que salga cuanto antes de Sevilla, mientras él mismo marcha á Portugal disgustado de su hermano. D. Alonso ruega al principe que se lleve consigo á su hijo D. Pedro, mozo de pocos años, que era sobrino por su madre de D. Dionis, rey de Por-



tugal, y á quien este queria educar en su palacio. Despidese Guzman de su hijo y de su esposa doña María, y parte á Algeciras á ofrecer á Aben Jacob su espada contra los enemigos africanos del rey de Marruecos.

En la segunda jornada, Aliatar, el emisario de Aben Jacob, refiere á su señor lo que le aconteció á presencia de D. Sancho, y le entrega el puñal de este último. El sarraceno vá á castigar la cobardía de su enviado con la misma daga de que ha sido portador, cuando anuncian á Guzman y su escudero. El noble castellano pone á servicio del rey árabe su brazo, á condicion de que levante sus reales de Algeciras, y repase el Estrecho volviendo al Africa. Jacob, vencido por la simpatía hácia Guzman, le nombra general de sus ejércitos, y torna á Marruecos dejando su empresa contra Tarifa. D. Sancho, entretanto, teniendo noticia de que su hermano habia entrado á la casa de Guzman, vá en persona á buscarle, y no hallándole, enamora á doña María, que le desprecia con soberbia dignidad, y le hace abandonar su habitacion. Aben Jacob, ó cansado de los servicios de Guzman, ó envidioso de sus glorias, ó escitado por cartas de D. Sancho, quiere deshacerse del castellano, y le sujeta á una prueba terrible. Le manda luchar con un mónstruo que devasta aquellas comarcas, y Guzman, ayudado de un leon que le sigue á todas partes, vence á la fiera. Jacob vuelve su estimacion al vencedor, pero este, vista la poca instabilidad del carácter del marroquí, le abandona.

Llega en la tercera jornada Guzman á los brazos de su esposa, que ya se aparejaba á buscarle en Africa. El maestre de Santiago, alcaide de Tarifa, está próximo á morir, cuando Aben Jacob vuelve á la interrumpida empresa contra Andalucía. En este tiempo, el infante D. Enrique, no admitido en Portugal por D. Dionís, que así evitaba concitar contra su reino los odios de D. Sancho, ha pasado al Africa, seguido de D. Pedro Guzman. Allí toma partido contra su hermano en el ejército de Aben Jacob, y D. Pedro se rebela á semejante traicion, pidiendo que le dejen volver al lado de su padre. Irritase D. Enrique con este arranque de patriotismo, y le manda prender. Muerto á la sazón el maestre de Santiago, es nombrado D. Alonso alcaide de Tarifa, que ya se vé tenazmente combatida por los árabes. Viendo Aben Jacob y el traidor infante que ni los asaltos continuados abaten la fortaleza castellana, ni las repetidas promesas de honores el pecho de Guzman, que rehusa entregarles la plaza, intentan obligarle á rendirse con la amenaza de muerte fulminada contra su hijo. Preséntanse al pie del muro con D. Pedro maniatado, anuncian al heroico alcaide el bárbaro proyecto, y este, para quien

entre la sangre y el rey

Mas pesa el rey que la sangre,

no solo desecha de nuevo las proposiciones de hacer traicion á quien fué con él tan ingrato, sino que arroja al infante la misma daga que Aben Jacob le entregó en Algeciras, llevada al rey moro por su emisario Aliatar, y porque, dice,

para la sangrienta

Ejecucion, ya que os falte

Piedad, no os falte el acero,

Este, que para tan grande

Ocasion, no sin misterio

De mi valor admirable,

Vino á mi poder, del rey,

Porque tan bien le emplease,

Os le arrojo, y véisle ahí;

Y si en el campo faltare

Quien lo ejecute, tambien

Yo bajaré á ejecutalle.

Despues de este fiero sacrificio, marcha aparentando tranquilidad á su casa, y como su esposa doña María

le pida nuevas de su hijo, le contesta acallando sus temores de madre con esperanzas. Pide de comer, y al sentarse á la mesa, oye rudo alboroto en la muralla. Piensa que los moros asaltan á Tarifa, ármase y sale á batirlos; mas cuando averigua que la causa de las voces fué la muerte de su hijo, dominándose, por no infundir sospechas á su esposa, vuelve á la mesa y esclama:

..... ¡Vive Dios! Que cuidé

Que entraba la villa el moro.

Pero al ver de nuevo á doña María, que le pregunta por D. Pedro, el padre vence al soldado, y las lágrimas le venden.

Por la vista, á mi pesar,

Se ha exalado el corazon.

Sabida la triste suerte de su hijo, la descendiente de los Coroneles aplaude el valor de su esposo, que ha servido de que Aben Jacob levante el sitio de Tarifa. Llega entonces D. Sancho, y honra como se merece con el sobrenombre de *el Bueno* y muchos señorios á don Alonso Perez de Guzman.

Aparte de la escena fabulosa de la serpiente africana y del seguimiento del leon, ¡cuán bueno y bien sentido es este drama!

Citamos solo de paso las comedias *El Diablo está en Cantillana* y *El Ollero de Ocaña*, cuyos argumentos interesantes y versificacion fluida y armoniosa, hacen de ellas dos de las mejores obras de Luis Velez de Guevara, y venimos á *La Luna de la Sierra*, idilio bellísimo, en el que ni una escena hay perdida, y del que en vano intentaríamos un elogio digno. El asunto es el mismo del drama inmortal *García del Castañar*, y ya hemos dicho que está fuera de duda que la obra de Velez sirvió á Rojas para escribir la suya. No podemos resistir á la tentacion de copiar algunos versos de *La Luna de la Sierra*. En la segunda jornada se leen los siguientes:

ANTON. Saca, saca

La olla.

PASCUALA. Ya voy por ella;

Que á fé que está sazónada

Lindamente; que la eché,

Con la salpresa de vaca,

Un ganso y una paloma

Y una lonja jaspeada

De tocino de la Sierra,

Que puede comerla el Papa.

ANTON. No se iguala

Con esta dicha otra alguna.

PASCUALA. Corta Pan.

ANTON. ¿Qué rey alcanza

Esta quietud, esta paz

Para el cuerpo y para el alma?

O no hay verdad en la tierra,

O sola es verdad Pascuala.

En la jornada tercera, dice Pascuala al maestre de Calatrava, que la requería de amores.

Maestre,

Mas estimo para mí,

Aquel labrador, que á tí

Te parece tan silvestre;

Mas estimo aquel sayal,

Que cubre como corteza

En aquella rustiqueza

Un alma á ninguna igual,

Mirándole satisfecho

Del firme amor que en mí alaba,

Que la cruz de Calatrava

Que te está abrasando el pecho.

Mejor Anton me parece
 Con la montera y el sayo
 Abigarrado, que el mayo
 Cuando galan amanece
 A los campos andaluces;
 Mas el disanto me agrada
 Su polaina pespunteada,
 Mas salir entre dos luces
 Al campo con su gaban
 Y la espada me enamora,
 Que lo puede estar la aurora
 Viendo al sol, menos galan;
 Mejor me suena al oído
 Su voz, viéndole llegar
 A Anton del campo al lugar
 Oliendo á trébol florido,
 A lentisco y á romero,
 Que la música mejor,
 Ni del ámbar el olor
 Cortesano y lisongero;
 Y aunque tan rudo y silvestre
 Anton te parezca á ti,
 Es mayo, es sol para mí,
 Príncipe, rey y maestre;
 Su amor, sus celos adoro,
 Que es de mis ojos Narciso
 Mi Anton, y en esto que piso
 No estimo tus montes de oro.
 Bien puede en esta ocasión
 Tu tema desengañarte;
 Que no volviera á mirarte
 Si te volvieras Anton.

Concluiremos, por fin, el estudio del teatro de Velez, trasladando unos cuantos versos de la segunda jornada de *El Diablo está en Cantillana*, puestos en boca del rey don Pedro.

Dichoso el que estas soledades trata,
 Sin pena, ociosamente descuidado,
 Libre de la ambición y del cuidado!
 ¡Oh grande imperio de quietud! ¡Oh vida
 La mas sabrosa, dulce y regalada,
 De pocos en el mundo conocida,
 De muchos, sin buscarte, deseada!
 Hoy tu apacible sitio me convida
 Mas que del fiero jabali la armada,
 A apacentar la vista en tu hermosura,
 A donde siempre la esperanza dura.

Creemos haber ya dado una ligera idea de lo que es el teatro de Velez de Guevara.

Sus poesías líricas son escasas en número y poco conocidas. Pasaremos, pues, sin hacer de ellas mérito, á tratar brevisimamente de *El Diablo Cojuelo*.

IV.

Lo difuso de este artículo nos impide hablar, como debíamos hacerlo, de la novela española en el siglo XVII; á mas de que todo trabajo en este género, despues del eruditísimo *Bosquejo histórico* de D. Eustaquio Fernandez de Navarrete, resultaría pálido y frio. Quien desee hallar noticias verdaderas, apreciaciones exactas y raciocinio claro, acuda á la obra que designamos.

Así, pues, nos contentaremos con trasladar el párrafo en que el Sr. Navarrete habló de la última y mejor producción de nuestro poeta ecijano. Dice así:

«Luis Velez de Guevara publicó *El Diablo Cojuelo*, ó novela de la otra vida, en 1641, en 8.º, sátira ingeniosa

en que, por medio de una invercion muy nueva, se retratan las costumbres que en su tiempo reinaban en la corte, y que fijó y eternizó su reputacion. En ella lucen el mas puro lenguaje, elegante estilo y cómico gracejo, continuado y de buen género, estando los diversos cuadros que presenta la novela tocados con pincel suelto y valiente. Le Sage, conocedor del mérito de semejante género de escritos, y con talento á propósito para apropiarse sus bellezas, dió á luz en París en 1707 una traduccion de *El Diablo Cojuelo*. Viendo que esta fué la base del gran renombre que adquirió como novelista, y que coronó despues con la publicacion del *Gil Blas*, atreviéndose diez y nueve años despues de hecha la primera edicion, á publicar una nueva en dos tomos en 12.º, añadiendo muchas cosas al original, aunque no todas de su propia cosecha; pues él mismo confiesa que tomó los materiales de la obra española, compuesta por Francisco Santos, titulada *Dia y Noche de Madrid*. Pero tales adiciones, que forman una segunda parte, no fueron del público francés tan bien admitidas como la primera, sin duda por no hallarse en ellas ni el gracejo ni la inventiva de Guevara, imposible de imitar ni de admitir mejora. Equivocóse, pues, cuando en su presuncion lo creyó conseguir Le Sage, segun se esplica en un prólogo agregado á su obra y dirigido al mismo Guevara, quien hacia ya ochenta años que yacia en el sepulcro. En el distinto aprecio que hicieron los franceses de la composicion del escritor español y de la de su traductor, se vé claramente cuánto mas apreciaban al primero que al segundo. Sin embargo, no debia hallar Mr. Boileau muy arreglada á los preceptos horacianos la obra de Guevara, cuando (segun cuenta en sus cartas Juan Bautista Rousseau) habiendo visto este literato (versificador puro y correcto, pero preceptista sin ingenio) la traduccion de Le Sage en manos de su lacayo, le amenazó con despedirle si aquel libro dormia otra sola noche en su casa. Semejante aversion prueba mas contra el gusto del legislador del Parnaso francés, viciado por el espíritu de sistema, que contra el libro. ¿Qué piedad habia de esperar este de quien estaba tan apegado al arte, que daba mayor mérito que á un buen poema á un soneto cuyas palabras estuviesen artísticamente combinadas? La opinion de los que no juzgan las obras de ingenio por las futilidades de reglas sistemáticas, sino por la grata impresion que les deja su lectura, fué bien contraria al sentimiento del autor del *Arte poética*. Refiérese que el público entusiasmado encontró allí escenas aplicables á la célebre Ninon de Lenclous, á Mr. Baron, al matrimonio de Dufresny y á otros personajes conocidos en la corte de París. ¡Tal privilegio alcanzan los escritores que pintan con maestría la naturaleza; ser de todos tiempos y de todos lugares, sin pertenecer jamás á clásicos ni románticos! Tal priesa hubo en comprar el libro, que no quedando ya sino un solo ejemplar, se suscitó un duelo entre dos jóvenes, sobre cuál seria quien lograra la fortuna de llevárselo. Prestó origen á multitud de piezas dramáticas; por las tiendas se veian muestras costosas y hábilmente pintadas, en que se representaba el *Diablo Cojuelo*, y llegó, en fin, á ser este diablo tan afortunado, que tuvo por hijos multitud de ellos, como el *Diablo á cuatro*, el *Diablo de plata*, el *Diablo de Rosa*, y otros que fuera ocioso referir. Triunfo tan completo y popular se debió mas al mérito de Guevara que al de su traductor; confesando los críticos sensatos que este último quedó muy inferior al original: defecto irreparable de las traducciones de obras clásicas, cuya principal belleza consista en la fidelidad y precision con que estén retratadas las costumbres y carácter del pueblo, en cuyo idioma se escribieron originariamente; costumbres é índole que, encarnadas en su idioma, no pueden contrar en otro diferente del todo frases y espresiones en que las retraten con belleza, verdad y galanura.»

¿Qué mas hubiéramos podido nosotros decir del *Diablo Cojuelo*? Seguros de no llegar á tanto, y en beneficio del jurisconsulto amigo de Felipe IV, hemos tenido la osadía de tomar íntegro el juicio que de su obra primera y última se hace en el tomo xxxiii de la colección del señor Rivadeneira. Perdonémos ambos, autor y editor, este préstamo forzoso, en gracia de la intención, que nosotros nos daremos por satisfechos, si con el trabajo reunido de todos hemos logrado fijar algo mas la atención en ese casi desconocido ingenio de la edad de oro de nuestra literatura, en el poeta quitapesares, en el ecijano Luis Velez de Guevara.

FEDERICO VILLALVA.

RECUERDOS DE FLORENCIA.

BIANCA CAPELLO.

La capital de los Médicis se halla dividida, segun saben cuantos han leído su dramática historia, ó siquiera han echado la vista sobre un plano de la ciudad, en dos partes desiguales, que corta el poético Arno, sobre uno de cuyos puentes, para que nada falte á esta cuna de tantos recuerdos memorables, tuvo lugar el accidente trágico que dió origen á la existencia y denominación de los dos grandes partidos históricos, Guelfo y Gibelino que por tan dilatada serie de años, desgarraron y ensangrentaron la Italia, durante la edad media.

La parte situada á la derecha del rio, que es la mas considerable, contiene los principales palacios, edificios y monumentos, pero no es menos curiosa la ciudad que descansa á la orilla izquierda y en la que se halla el palacio Pitti y otros edificios históricos, é iglesias tan bellas como la del Espíritu Santo, ó que contienen objetos de arte tan célebres, como los frescos del Masaccio en la del Carmen.

Dirigiéndome un dia desde la orilla derecha hácia los jardines de Bóboli, pasé el puente de Santa Trinita y me encontré en *via Maggio*, recta y ancha calle formada por una doble hilera de palacios, los mas de ellos clásicos solares de antiguas familias florentinas, y entre los cuales uno menos grande y menos suntuoso, de severa arquitectura, llamó mi atención, por la circunstancia de estar adornada su fachada de pinturas ejecutadas en el estilo abigarrado y chillón del siglo xvii, aspecto que siempre evoca en mi recuerdos de infancia, por la reminiscencia de los varios edificios que á principios del presente siglo conservaban en el Mediodía, de España estos caracteres de adorno exterior.

Sobre el frontispicio de la puerta, veíase un escudo de armas, que tambien me chocó por la singularidad de servirle de cresta la figura de un sombrero que no teniendo la forma de los capelos cardenalicios, me movió á preguntar á que familia habia pertenecido aquel edificio, cuyo aspecto despertaba recuerdos de la época en la que la historia de cada familia florentina era un animado drama. No en vano el amanerado edificio habia picado mi curiosidad, pues me hallaba delante de la que fué morada de la célebre *Bianca Cappello*, la hermosa y traviesa jóven, que tanto ruido hizo en Italia en los reinados de Cosme, y de Francisco I de Médicis, y de cuya historia aprovecharemos la ocasion de bosquejar un ligero cuadro.

Un mozo florentino, llamado Pietro Buonaventuri, fué enviado por su familia á Venecia, donde su tío Bautista Buonaventuri, regentaba en calidad de sócio, la casa de Bianca de los Salviatis. El jóven entró en el escritorio de su tío para aprender el comercio.—Venecia brillaba entonces con todo el esplendor de su riqueza,

de su poesia, y de su existencia disipada, fantástica y galante. El jóven Florentino gallardo y confiado, pasaba todos los dias en su góndola por bajo de los cincelados balcones del Palacio Capello. Asomada á uno de ellos apercibió un dia á una linda doncella, dechado de aquella esquisita, picante, voluptuosa hermosura, cuyo tipo se encuentra solo en los muros de la Reina del Adriático. Buonaventuri, prendado de aquella encantadora aparición, no sospechó al principio que fuese la señorita del palacio, y humilde dependiente de una casa de comercio, se atrevió á enamorar á la noble veneciana. *Bianca Cappello*, hija de una de las familias mas ilustres de aquella altiva nobleza, que se creía á igual de los Príncipes, viéndose objeto de la pasión del aventurero florentino, no consultó su rango ni su orgullo, y rendida por la corte y los estremos de su amante, entabló con él íntimas relaciones.—La camarera de Bianca, confidente de estos amores, encontró industria para proporcionarse las llaves de una puerta trasera del palacio; y á favor de la estratagemas, Bianca salia todas las noches á visitar á su amante, dejando entornado el misterioso postigo que cuidaba de cerrar al retirarse muy de madrugada. Pero una noche hubo de olvidarse en los brazos de su amante; la hora de costumbre habia transcurrido, y el panadero que surtía la casa vecina al palacio, observando la puerta entreabierta, juzgólo estaba por descuido, y tirándola para sí, hizo imposible que Bianca volviese á penetrar en su palacio.

A los pocos instantes despues de este accidente, se presentó azorada la incáuta veneciana, y aterrada de un suceso que la perdía sin remedio, no encontró mas arbitrio sino volver mas muerta que viva, al aposento de su amante. La muerte de los dos era segura, si eran descubiertos; y en tan terrible trance, no vacilaron en confiarse y en pedir asilo á un rico comerciante Florentino que vivia en un barrio apartado. Antes que fuera de dia claro, los dos amantes habian logrado ocultarse, sin dejar huella del asilo que les servia de escondite. Pero lo difícil era salir de la ciudad sin ser descubiertos.

La familia Cappello, apenas se hubo cerciorado del rapto ó desaparición de su hija, puso el grito en el cielo y no perdonó medio para descubrir á los fugitivos.—El padre de Bianca y su tío el patricio de aquileas, pusieron en movimiento para vengar la afrenta de la familia á toda la nobleza veneciana y el terrible consejo de los diez; aquel tribunal; mas temible que el de la inquisición, lanzó un decreto contra el tío de Buonaventuri, que murió en la cárcel; contra todos los dependientes de la casa, criados, gondoleros y cuantas personas hubieran podido favorecer la fuga de los jóvenes. La República ofreció una recompensa de dos mil ducados al que aprehendiese al raptor, y asesinos pagados fueron despachados á todas las ciudades de Italia con la misión especial de lavar en sangre la afrenta hecha á la nobleza veneciana. Pero Bianca y su amante no habian todavía podido evadirse, y acosados por el activo espionaje que los perseguía varias veces se vieron espuestos á ser descubiertos.

Al cabo de algunas semanas, y sepultados en el fondo de una barca, cargada de heno, lograron salir de Venecia, y atravesando con no menos suerte la tierra firme y el milanésado, llegaron sanos y salvos á Florencia, donde celebraron en seguida su matrimonio, implorando el favor y amparo de Francisco de Médicis, que por renuncia de su padre Cosme I, reinaba ya en Toscana.

El interés que naturalmente inspiraba la suerte y aventuras de Bianca y de su marido, se hizo general en Florencia; y el Duque Francisco, ganado primero por la simpatía, no tardó en estarlo por la pasión que le inspiró la veneciana. Al principio este amor del Príncipe se mantuvo oculto, pues tratado de casar con

la archiduquesa Juana de Austria, hija del Emperador Fernando; (el hermano de nuestro Carlos V.) y esperando la llegada de su esposa, tenía que disimular; mas no bien se hubieron celebrado las bodas, cuando creyéndose dispensado de ulterior miramiento, instaló á Pedro Buonaventuri en su palacio en calidad de su mayordomo, destinando para su habitacion y la de su mujer la parte mas agradable de la morada Ducal.—Bianca, alegre, viva, adornada de dotes y recursos de ingenio, que realizaban su natural belleza, llegó á dominar enteramente el ánimo de Francisco, que de por sí era triste, positivo, desconfiado y egoísta.—La archiduquesa, criada en las prácticas religiosas mas austeras, y en todo el vigor de la etiqueta austriaca, repugnaba á los hábitos y costumbres de una corte compuesta de hijos de mercaderes, y no gustaba verse rodeada sino de su servidumbre alemana: lo que, unido á los celos que debía inspirarle la veneciana y á la poca salud de que gozaba, contribuyó á que Bianca asegurase más y más su imperio sobre el corazón de su amante. En vano el Duque Cosme, padre de Francisco, que todavía vivía, procuraba restablecer la armonía entre este y la archiduquesa, representando á su hijo cuanto les importaba no indisponerse con el gabinete de Viena. Bianca era una de aquellas mujeres que una vez que han conocido el secreto de su fuerza y la debilidad de los espíritus que se dejan dominar por ellas, no abandonan su presa. Hábil en inventar los medios de ocupar continuamente el ánimo de Francisco, empleaba el influjo de éste para conseguir la terminacion de la causa que seguiría todavía en Venecia contra su marido y la entrega de su dote, al mismo tiempo que tenía en perpétua vigilancia á la policía de Florencia, para descubrir á los asesinos enviados por sus parientes para matar á Buonaventuri. Las artes, las intrigas, la actividad de esta mujer lograron vencer los respetos de la archiduquesa, y la censura pública; y acabó por reinar despóticamente en el corazón del Duque, aun antes de que sucesos que quizás no había ella previsto, la pusieron en el caso de aspirar á la corona.

Engreída por la privanza de Bianca, y por el favor que le dispensaba Francisco, Buonaventuri dió suelta á los mas brutales apetitos. Creyendo sin duda que su menguada complicidad en los vicios de su soberano le daban á él derecho de compensacion ó de represalias sobre las florentinas, cuyas gracias escitaban sus deseos, se hizo el Lovelace de Florencia, y no hubo matrona ni doncella que se viera libre de sus persecuciones. Su insolencia llegó á ser en este punto tan escandalosa, que un individuo de la familia de una de sus victimas acudió en quejas al Gran-Duque.

Este confió el asunto á la misma Bianca, encomendándole amonestase á su marido para que usase de mayor prudencia; pero Buonaventuri, que en medio de su envilecimiento conservaba todo el fuego de sus pasiones y que parece nunca fué indiferente á su mujer, á pesar del extravío á que la ambicion de ésta supo arrastrarle, recibió tan malos consejos de Bianca, que si hemos de dar crédito á lo que refieren memorias contemporáneas, la llamó por cierto nombre significativo y pelado que la decencia repugna, por mas que la conducta de Bianca lo justificara, y hasta amenazó á esta de que le cortaría el pescuezo.

El duque Francisco, curioso de observar los pormenores de la escena, había sido testigo oculto de ella y oído las injurias y las amenazas del marido, lo que, escitando su indignacion y su alarma, hizo que se explicara con Bianca en términos que le hiciesen temer por la seguridad Buonaventuri. Pero dicen que Bianca, lejos de ofenderse de las amenazas de su marido, sintió con ellas revivir el afecto que siempre le había profesado y que lo defendió tenazmente. El imprudente marido, apenas salió de la entrevista, se

fué á buscar al pariente de la dama que había ido con la queja al gran duque, y le amenazó de muerte. El pariente acudió de nuevo al príncipe, contándole la nueva violencia de Buonaventuri, y se refiere que Francisco entonces se puso á dar paseos por el aposento, hablando á voz baja con el agraviado. En la tarde del mismo día, el gran duque salió de Florencia para una de sus casas de campo, y por la noche Buonaventuri atacado en la calle, fué muerto á puñaladas por diez individuos de la familia de la mujer á quien obsequiaba.

Dos dias despues regresó Francisco á Florencia, pero nunca tomó ninguna providencia para averiguar ni castigar á los autores del asesinato.

A la viudez de Bianca, siguió la del gran duque, cuya esposa la archiduquesa murió hallándose encinta. Las intrigas de la Veneciana no conocieron ya dique, entonces; y habiendo logrado apoderarse del ánimo del confesor del gran duque, pronto obtuvo promesa de casamiento, el que se efectuó dos meses despues de la muerte de la archiduquesa, aunque manteniéndose secreto hasta que hubo pasado el año de luto.

Entonces Francisco de Médicis, que supo lograr del rey de España, Felipe II. el reconocimiento de su matrimonio con Bianca, lo hizo público en las Cortes europeas, solemnizándole con la mayor pompa.

Para dar mas realce á sus esponsales, envió á Venecia una embajada, á fin de solicitar de la República alguna demostracion en favor de Bianca, y el Gobierno de Venecia, que tan severo se había mostrado con la doncella fugitiva, tornando en obsequio su cólera, la declaró *hija de la Serenísima República*, en consideracion, decia el decreto, *á las esclarecidas y relevantes cualidades, que la hacen digna de la mayor fortuna.*

Venecia celebró con regocijo el engrandecimiento de la astuta cortesana, y sus parientes, elevados por el Senado á la dignidad de Caballeros, recibieron el título de *ilustrísimos*; ejemplo palpable del liviano significado que en tiempos de corrupcion tienen las mayores honras, pues nó el mérito, sino la intriga y la fortuna usurpan el lugar reservado á la virtud, á los talentos y á los servicios hechos al Estado.

La vanidad del «Gran-Duque», dice un historiador, llevó hasta el exceso las demostraciones de la alegría que le causaron los tardíos honores prodigados por Venecia á la mujer que su justicia había perseguido como criminal, pues en el proceso formado á consecuencia de la huida de Bianca de la casa paterna, ella y su marido fueron acusados como reos de hurto, por haberse llevado las alhajas de la jóven. En agradecimiento de la declaracion del Senado en favor de Bianca, el Gran-Duque envió en calidad de su Embajador extraordinario, para dar gracias á la República, á su hermano natural el Cardenal Juan de Médicis. Esta ridícula mision diplomática, motivó por parte de Venecia otrasde la misma indole, hasta que un gran diputacion veneciana se encaminó á Florencia para facilitar á los nuevos desposados. El padre de Bianca, sus hermanos y el patriarca de Aquilea, el mismo que tanto encarnizamiento mostró contra su sobrina, abrieron la marcha de la comitiva, compuesta de cien nobles de las primeras familias de Venecia. En este orden penetró en Florencia la grande embajada, la que recibida en las puertas de la ciudad por Pedro y Juan de Médicis, acompañados de todos los grandes de la corte del Gran-Duque, se dirigió al palacio Pitti, en medio de salvas de artillería, y de todo linage de obsequios. Durante varios dias, Florencia se entregó á celebrar con fiestas y regocijos públicos la llegada de la embajada veneciana; y renovando los divertimientos de la edad media, hubo torneos y justas, al mismo tiempo que bailes y fiestas de toros, á las que era aficionado Francisco, que por largo tiempo había residido en España. En fin, los Embajadores manifestaron cuán vivos eran los

deseos de Venecia por estrechar sus vínculos con la Toscana, y renovando en nombre del Senado los sentimientos de cariño que profesaban á Bianca, presentaron á ésta un magnífico regalo, en simbolo del dote que la República ofrecia á su hija de adopcion.

Y como si tantas locuras no bastáren, continúa el mismo historiador; los Embajadores pidieron que se ratificase en público la ceremonia del casamiento de los esposos, á fin, dijeron, de que Bianca pudiese ser coronada, igualando en esto á otras dos doncellas venecianas que en tiempos pasados se habian sentado en los tronos de Chypre y de Hungría. Por poco este gran negocio no queda frustrado pues el Nuncio del Papa espuso gran resistencia al acto de la coronacion, bajo pretesto de que solo correspondia al Papa; mas al cabo se dejó vencer á ruegos del Gran-Duque y de los Embajadores, quienes le hicieron entender que la ceremonia no tenia mas objeto.

« El 12 de Octubre de 1579, se celebró la coronacion en la Catedral de Florencia; y los arquitectos y artistas señalaron á porfia sus talentos en las decoraciones dispuestas para solemnizar el acto al que asistió el mayor número de músicos y de cantantes que hasta entonces se habia visto reunido en ninguna capital de Italia.

« Mas en medio del general entusiasmo y aprobacion, tributados á la afortunada Bianca, su cuñado el Cardenal Francisco de Médicis, hermano y heredero del Gran-Duque reinante, le mostraba la mas visible repugnancia. La astuta veneciana, ya fuera por atraerse la benévola del Cardenal, ya por no ser mirada como causa de desavenencia entre los hermanos, ya por último, porque le conviniera tener propicio al prelado, empleó su influjo y sus artes para que su marido le pagase los atrasos de la pension de que disfrutaba el Cardenal; el cual, siendo muy propenso al lujo se veía en circunstancias apuradas, y aun se mostró agradecido á la aparente generosidad de su cuñada. A consecuencia de la reconciliacion entre los hermanos, le Cardenal abandonó su residencia de Roma, y vino á vivir Florencia, donde por algun tiempo apareció reinar la mejor armonia entre la familia. Mas no tardó en arrepentirse Bianca de la confianza que hubo de fundar en el sagáz prelado.

Ya antes de su matrimonio con el Gran Duque, tuvo de él un hijo, al que no obstante su ilegitimidad intentó Francisco declarar por heredero. Pero este hijo niño murió, y Bianca mostraba el mayor empeño en tener sucesion. Parece que, abusando de su ascendiente y de la credulidad del Gran Duque, le hizo creer que se hallaba en cinta, y la estratagema fué conducida en términos tan aparentes, que llegó el momento del alumbramiento, sin que nadie sospechase la superchería. Mas cuando la gran Duquesa, rodeada de la servidumbre de su confianza, anunció los dolores del parto, el cardenal se colocó á la puerta de su aposento, y paseándose á lo largo, con el breviario en la mano, no permitió que nadie entrara en la cámara sino despues de un escrupuloso registro, añadiendo la crónica que habiéndose presentado una mujer que se decía comadre y que llevaba un gran canasto debajo del brazo, el cardenal la forzó á descubrirla, hallando dentro de él un niño recién nacido. El ruido que la escena produjo llamó la atencion de Bianca, quien rogó á su cuñado se sirviera pasar al interior del aposento; pero este, sin abandonar su puesto de centinela, se contentó con responder en alta voz « que S. A. haga su deber, que yo estoy haciendo el mio » y sin abandonar la puerta continuó en su impertérrita faccion. Burlada así por dos veces la astucia de Bianca, procuró esta salir del paso y disimular sus ardidés, haciendo declarar por los médicos que en efecto habia experimentado todos los sintomas de la preñez, y que en términos de buena fé no era res-

ponsable de las circunstancias que habian equivocado á los mismos facultativos.

Por mas que el cardenal y su cuñada procuraren disimular la enemistad y simpatia que este suceso produjo entre ambos, las apariencias de cordialidad encubrieron mal la enemiga, hasta que un suceso tan extraordinario como trágico vino á convertir los rumores en negras sospechas. El duque, la duquesa y el cardenal habian ido á pasar una temporada de campo al palacio de Poggio. En la noche del 18 de octubre de 1587, los tres cenaron juntos, y al levantarse de la mesa Francisco de Médicis y Bianca Capello se sintieron acometidos de un terrible mal, espirando el gran duque en la mañana siguiente, y su mujer el dia despues.

La espantosa corrupcion de las costumbres en la época en que ocurrió este dramático suceso, los vergonzos medios de que se servia la politica para adelantar la ambicion de las familias reinantes en Italia, y mas que todo, el repugnante estudio que los hombres públicos hacian entonces del arte de componer venenos, y contravenenos, hacen probables, sin por ello justificarlos los rumores que á la sazón corrieron para explicar aquellas muertes repentinas. Segun una version, el cardenal preparó el envenenamiento de su hermano y de su cuñada, y segun otras memorias, Bianca tenia dispuesto un plato para su enemigo, que este no quiso gustar, sino despues que Bianca se hubo servido á si misma y á su marido, y añaden, que desconcertada por el temor de ser descubierta, se prestó á ello, al paso que el cardenal, ó fingió comer, lo que solo llevó á los labios, ó provisto de algun poderoso contraveneno, prefirió correr el peligro á dejar escapar la ocasion de ceñirse la corona. Era, sin embargo, el cardenal hombre demasiado activo para dejar pesar sobre su fama acusacion tan horrible, y dispuso la apertura de los cadáveres, cuya autopsia, prolijamente relatada, circuló por todas las cortes de Europa, demostrando oficialmente este singular documento, que los dos soberanos habian muerto de tercianas malignas, agravadas por el uso que habitualmente hacian de manjares irritantes, de drogas fuertes y de licores fermentados.

Al dar sepultura á los cadáveres en el panteon de San Lorenzo, el nuevo soberano dió orden para que no entrasen en él los restos de Bianca, y aún hizo desaparecer cuantos monumentos é inscripciones recordaban la elevacion de la hermosa veneciana. Nada, en efecto, recuerda actualmente en Florencia la brillante época de esta mujer tan linda y graciosa como disipada y culpable, y apenas quedaria traza de su existencia en la historia, si el drama y las aventuras de su vida no hubiesen suministrado materia á la animada relacion de las novelas, en las que autores franceses, ingleses y alemanes han querido retratar las costumbres de Florencia en el siglo xvii.

LORD BYRON.

I.

Del mismo modo que en todas las épocas en que la humanidad se encuentra cansada, la literatura, al comenzar el siglo xix, tenia dos sendas distintas que seguir. Las revoluciones, las guerras, el choque y confusion de las ideas de todas clases, el ensayo de tantos sistemas químicos, el desbordamiento de las pasiones, que habian traído consigo toda clase de dolores individuales, de acontecimientos de desgracia colectiva. todas estas eran partes para que el ánimo angustiado no supiese á dónde convertir la vista y para que

echando una mirada alrededor de sí, acabasen muchos hombres graves y pensadores por tomar las dos determinaciones extremas á que nos referimos y que podemos marcar y marcaremos en los poetas de esta época, concretándonos, como debemos hacerlo, al movimiento literario, que es, segun el objeto de este trabajo, el que mas directamente nos atañe.

Con efecto, vemos á los poetas radicalmente divididos en dos grupos, que si bien toman un camino distinto y se proponen fines diversos, tienen un punto de partida, una idea primera que les es comun. Los unos, que tornan sus ojos á la creencia antigua, como único refugio en el universal naufragio, y solo anhelan volver á la playa de donde han partido; los otros, que comprenden la inutilidad de volver al punto de partida, pero que no tienen el suficiente brío para dirigir su nave por el derrotero intentado, y rompiendo las velas y los timones se dejan arrastrar por las corrientes del escepticismo; todos ellos obran porque desesperan del poder de la humanidad, creyendo de buena fé que la propia debilidad, la falta de fuerzas, que apenas les deja poder más que para el sarcasmo ó la devoción, en vez de ser defecto suyo, es defecto de la humanidad entera. Quizás en esta manera de proceder, lo que existe verdaderamente, á vueltas de una escesa soberbia, es la falta de elevación necesaria para comprender que la humanidad es mas sabia y mas poderosa que el mas privilegiado talento, y que marcha por sus acaso misteriosas, pero siempre seguras vias de progreso, sin que las convulsiones periódicas que agitan su superficie y hasta llegan en ocasiones á conmover sus entrañas, sean bastantes á detenerle; del modo que las nubes que se interponen entre nuestra mirada miope y el disco del Sol, por mas que oculten su camino á nuestra vista, no son bastantes á detener el curso de su majestuosa carrera, sino que al desvanecerse en el espacio, nos dejan ver, por el contrario, que se ha remontado el astro al punto mas elevado del horizonte.

La literatura tenia, pues, estas dos sendas extremas que seguir, y las siguió. Si Chateaubriand concibe la magnífica idea de hacer volver á la sociedad al cristianismo, por medio del sentimiento, Byron toma el otro camino de la impiedad y de la mofa que le conducirá á una playa ignorada, ó mas bien, que cree el poeta que le tendrá vagando eternamente sobre un mar sin riberas conocidas. Uno y otro anhela la subversion de todo lo existente, para volver atrás por completo el primero, y traernos al antiguo estado de cosas que le parece mejor en sus delirio de poeta, ó en su obstinación de hombre de partido; para destruir por destruir el segundo, ya que todo lo existente lo encuentra malo y todo lo pasado peor, y su inteligencia, sin embargo, no es bastante poderosa, como no lo es nunca la inteligencia de un solo hombre para levantar un edificio nuevo sobre los fundamentos del edificio derribado.

Uno y otro contribuyen, sin embargo, á la consumación de la obra. Uno y otro toman la fuerza de su vida del espíritu progresivo de la humanidad. ¿Qué otra cosa que la infiltración de este espíritu, que la idea nueva, que ese mismo nuevo venero de riqueza, que ese sentimiento poderoso que le anima, es lo que

presta á Chateaubriand su génio, si le tuvo? ¿Cómo podria Byron explicarnos su amor, su fé en la libertad en armonía con su sistema de incredulidad y de sarcasmo? Es que la sociedad camina siempre adelante y las cosas y los hombres, cuando al parece se ponen delante de su paso, no vienen en realidad á otro fin que al de contribuir á su perfeccionamiento.

Encargado por la provincia de amontonar ruinas sobre la conciencia de la humanidad, arcángel de una obra de destrucción, Jorje Byron apareció en el mundo rodeado de todas las brillantes cualidades, de todos los defectos y aún de los vicios necesarios para producir la fascinación de sus contemporáneos. Gran poeta, anunciado por la brillante victoria conseguida sobre Walter-Scott, que abandonó las musas á su aparición no queriendo quedar el segundo, hombre del primer rango social, valiente hasta la temeridad de cruzar á nado, cual nuevo Leandro, por un noble capricho el ancho Helesponto, hermoso con esa hermosura que atrae y que arrebató á las mujeres hasta el suicidio; tirador mortal, ginete consumado, duelista, libertino idolatrado por las mujeres y envidiado de los hombres por el escándalo de sus aventuras galantes, disipador que se arruina por sus vicios y mas generosamente aún por la causa de la libertad de un pueblo extraño; hombre de instrucción profunda y ni menos erudito que dotado de tacto y de buen gusto, fantástico en su humor y en su vida, viajero que al día siguiente de haberle encontrado brillando como el primer hombre de su patria, desaparece, sin que sepais adonde marcha, y cuando menos lo esperais le ois cantar en las orillas del Arno, entre las montañas del Epixo, ó sobre las márgenes del Rhin; ciudadano cosmopolita que tiene una frase de alabanza para todos los países, menos para el suyo; Byron tenia esa grandeza que deslumbra en las épocas de incredulidad, de libre exámen absoluto, de rebelión completa, más de la soberbia que de la inteligencia, contra toda autoridad; tenia la grandeza del rebelde ángel caído: era la personificación de su siglo, el bello ideal, el tipo novelesco, si podemos valernos de esta frase, á que cada hombre soñaba alcanzar, y así llegó á ser el primer poeta, el hombre á la moda, el héroe mas interesante para todos.

Precindiremos de los pormenores de la infancia del poeta. De ella, lo mismo que de la de todos los grandes personajes, se cuenta rasgos que anunciaban ya al hombre superior y al poeta, rasgos que, sin que nosotros dudemos de su autenticidad, se encuentran en la historia de todos los niños, pero sobre los que solamente se vuelve y se recuerdan, cuando estos niños llegan á ser hombres notables. No podemos omitir, no obstante, las noticias biográficas del autor sobre cuyas obras pretendemos emitir nuestro imperfectísimo juicio.

Nació Jorje Lordon Noel Byron en Lóndres el 22 de enero de 1788. A los cinco años de edad, —dos antes habia perdido á su padre, —fué enviado á la escuela de Aberdeen, ciudad donde residia su madre, y hallándose en ella, por la muerte de su tío abuelo Willians, alcanzó, con el dominio de Newstead, el rango de par de Inglaterra. Vuelto á Lóndres en 1809 entró en el colegio de Harrowe-ou-the-Haes; allí adquirió, aparte de la

que luego obtuvo en sus viajes, la vasta instruccion, y hasta la erudicion que manifiesta en sus obras, y esa aficion por lo antiguo, esa reminiscencia clásica de tan buen gusto, que hace á la figura mas eminente del romanticismo, el escritor de formas mas elegantes y perfectas de esta escuela. En 1805 fué trasladado al colegio de la Trinidad de la Universidad de Cambridge, y hallándose en el, fué cuando publicó la primera coleccion de sus poesias, que casi pasaron desapercibidas, sin que mas periódico que la Revista de Edimburgo se dignara hacer una critica bastante apasionada é injusta de ellas; critica á la que el jóven poeta contestó con su sátira, «los poetas ingleses, y los criticos escoceses.»

Cumplida su mayor edad en 1809, se presentó á ocupar su puesto en la cámara de los lores. Habiéndose presentado á ella solo, por no haber querido apadriñarle su tutor Lord Carhile, la recepcion fué estremadamente fria. Solamente en dos ocasiones tomó la palabra en la cámara tres ó cuatro años mas tarde, y aunque ambas veces hizo ruido su elocuencia, conociendo que la carrera parlamentaria no se avenia con su carácter ni con sus inclinaciones, abandonó para siempre el estudio de las controversias políticas.

Por este tiempo fué cuando emprendió sus primeros viajes de los que Childe-Harold es la relacion completa, y habiendo regresado á Inglaterra, llamado por el doloroso estado de salud de su madre, para no lograr sino asistir á sus funerales, publicó los dos primeros cantos de este poema, que es la obra de dónde data su celebridad y que determinó á Walter-Scott, para gloria de su patria, á trocar la lira de Skaespeare por la pluma de Cervantes.

Childe-Harold es un poema sin trama, y el mas interesante, sin embargo, de todos los poemas, porque su trama la constituye la historia de un corazon. Escritos sus cantos en épocas bien lejanas las unas de las otras, su lectura es bastante para conocer el cambio que sobre la base de un carácter misántropo, se vá produciendo en la vida de Lord Byron y en la direccion de su inteligencia y sus sentimientos. Sin embargo, acaso por ésta causa desconfiaba de su éxito y lo apreciaba antes de su publicacion en tanpoco; es de todas sus obras en la que menos se revela la falta de creencias y su desgarrador escepticismo; manifiesta al literato, al hombre instruido que se apasiona por todo lo bello, por todo lo grande que encuentra á su paso y que despierta en su alma los recuerdos de su querida antigüedad.

El éxito de esta publicacion desencadenó contra Byron las envidias y las criticas amargas. El poeta, no obstante, no se desanimó por ello, y antes al contrario, hizo callar los gritos de los Aristarcos con la publicacion de *La desposada de Abydos*, del *Corsario de Lara*; obras especialmente las dos últimas que obtuvieron una boga fabulosa, como que eran la expresion mas acabada y manifiesta del gusto romántico dominante; y que llegaron á ser como la meta ideal de perfeccion á que se propusieron alcanzar todos los escritores de aquel tiempo. Entonces ya los criticos, comprendiendo la ineficacia de sus punzantes diatribas contra el poe-

ta, dirigieron sus tiros contra las costumbres del hombre, que en honor de la verdad, ofrecian mucho mayor blanco á la maledicencia, que los defectos de sus obras literarias; y nó contentos con esto, descendieron hasta el ignominioso extremo de mofarse de la pequeña deformidad de uno de sus piés que le obligaba á cojear ligeramente. (1)

A pesar de todo esto, Jorge Byron llegó á ser la primera figura, el hombre á la moda de su tiempo, tanto por la boga que alcanzaron sus obras, como por sus dispendiosas locuras, y aun por su misma hermosura y elegancia, viniendo á ser ésta la época mas culminante de su vida de libertinaje y de orgia. Cansado al fin de esta existencia fatigosa y vacia, ó porque como un hombre vulgar quisiera poner en orden sus negocios, bastante malparados con sus desordenados gastos, es lo cierto, que resolvió casarse con una hermosa y rica heredera, mis Milbanke, verificándose la boda el 2 de Enero de 1816, y separándose los cónyuges al año de casados, sin que se haya sabido otra causa que pudiera ocasionar esta separacion, mas que la que dió por pretexto Lady Byron; las profusiones de su marido. Si éste procedió como un hombre vulgar al casarse con una mujer rica, y como por consecuencia de esto tuvo el grande hombre la suerte de un marido vulgar, es un asunto en que si alguno se ha atrevido á sospechar, nadie ha osado pronunciar una palabra ofensiva. Las memorias de Byron, que su depositario Thomás Moore no ha querido darnos á conocer, acaso nos hubieran suministrado alguna luz sobre éste y otros puntos oscuros de la vida del poeta.

Esta separacion, los odios, las envidias desencadenadas contra él, el hastio de los placeres, la sed de sensaciones que dominaba su corazon, le obligaron á abandonar de nuevo la Inglaterra, y dirigiéndose al Rhin, fué en este viaje cuando terminó su poema; el Childe-Harold está concluido con el corazon desgarrado, y todavia bajó la influencia del abandono de su patria, de su casa, de su hija, de todos los lazos que retenian su corazon sobre la tierra, de todo cuanto amaba individualmente en el mundo; asi es que ninguna de sus obras respira una melancolia tan profunda como ésta.

Bajo esta impresion melancólica, que disponia su corazon á los sentimientos de ternura, pasó Byron á Suiza, dónde la amistad que contrajo con Madame de Stael hubiera podido curarle todavia, ó evitar por lo menos á sus pensamientos seguir el curso de la misantropia y del descreimiento. Algunos de sus pequeños poemas escritos durante este tiempo, «Mazepa» por ejemplo, no son ciertamente las obras en que mayor expresion hace de sus ideas y sentimientos habituales. Pero la constante necesidad de movimiento de su espíritu, le obligó á abandonar su pacífico retiro, y entrando en Italia se ligó allí en otras amistades menos cas-

(1) Esta deformidad consistia, segun la *certificacion* presentada recientemente por su zapatero con las hormas de que se servia para Byron, en un museo de Inglaterra, en la debilidad de un tobillo, y en la pequeñez de uno de sus piés.

tas, volviendo á su antigua vida de disipacion y aventura, existencia que no podia seguramente ser parte bastante á devolver la tranquilidad á su espíritu, combatido por la desgracia de su propia existencia y amenazado por el escepticismo. La mayor parte de sus obras dramáticas datan de esta época. Durante ella fué tambien cuando ejecutó sus dos grandes obras, manifestaciones las mas terminantes de su alma desgraciada: *Manfredo* y *D. Juan*.

El mismo espíritu de movilidad que le habia llevado á Italia, y nó menos el amor de la libertad, pero de la libertad que se le presentaba vestida de grandeza y rodeada de peligros, le llevó en Julio de 1823, abandonando los brazos de la condesa de Quiccioli, á combatir por la independencia de los griegos, bajo las banderas de Maurocordato, á cuyo caudillo no pudo sin embargo reunirse hasta Enero del año siguiente. En esta expedicion acabó generosamente de anunciarse, empujando los restos de su fortuna, para con ellos y á costa de grandes esfuerzos, poder contratar un empréstito de 800,000 libras esterlinas para la Grecia. Este magnánimo proceder y el ascendiente que ejercía por sus cualidades personales sobre cuantos le rodeaban, hizo que fuese distinguido por sus nuevos compañeros con el honroso título de ciudadano de Missolonghi.

No por esto dejó de experimentar profundos disgustos y decepciones cada vez mas amargas. Los griegos no eran los hombres que él habia creído, los dignos descendientes de los héroes de las Termópilas, de Maraton y de Platea. Al verlos de cerca, comprendió que los hijos de Leonides y de Epaminonda se hallaban, por efecto de la larga esclavitud que habian sufrido, mas desgradados de lo que convenia á los héroes de la independencia de su patria. Comprendía que la victoria no era prenda segura de hombres que se dividian por mezquinas rencillas y envidias miserables, y la organizacion de cuyo ejército adolecía de todos los defectos de la improvisacion; amalgáma de hombres que solo pensaban en combatir cada uno cuando queria y como queria, y que habiendo entrado de repente en el pleno dominio de su libertad, mas que en romper las cadenas de la patria, pensaban en conservar cada cual el ejercicio de su salvaje independencia. La misma abyeccion de que acababan de levantarse, hacia por otra parte, que hubiera muchos griegos que en vez de adorar al hombre que tan generosamente sacrificaba su fortuna y su vida en defensa de una causa para él tan agena, no pudieran dejar de acordarse á cada paso de que Byron era extranjero. Todo esto mortificaba su ánimo y añadía nuevos dolores á la sombría desesperacion del poeta. No sabemos hasta que punto se habian modificado sus ideas, y si le hubiéramos oído tambien renegar de la libertad; pero afortunadamente, ya para Byron era esto una fortuna, habiendo decidido al fin marchar sobre Lepanto, salió de Missolonghi, durante una tempestad, para unirse al ejército, y la fatiga de esta jornada le produjo la fiebre inflamatoria, que al cabo de diez dias de enfermedad le condujo al sepulcro el 19 de Abril de 1824, á los 36 años de su edad.

Se cuenta que en su lecho de muerte deliraba con ejércitos y con batallas. Nada tiene esto de extraño, si

se toma en cuenta su situacion antes de caer enfermo. Por este hecho sin embargo, se le ha queido mostrar analogía con el hombre acaso mas distante de él por todas sus circunstancias con Napoleon.

Este fué el fin del gran poeta. Tanto por no ser interminables, como por no creer necesarios ciertos detalles, manifestada la manera de ser general de su carácter, y por la falta de autenticidad de muchas, hemos omitido hacer mencion de multitud de anécdotas estrañas y hasta estravagantes que se cuentan de la vida de Lord Byron. Su corazon quedó en Grecia, y su cuerpo fué trasladado á Inglaterra y sepultado en la abadía de Newtead, al lado de sus mayores; puesto que el clero anglicano le rehusó los honores del panteon de Westminster.

En otro artículo, pues la estension que hemos dado á éste, nos lo impide por hoy, hablaremos con alguna mas detencion de sus obras, especialmente del *Manfredo* y del que pasa por el primero de sus poemas: del *D. Juan*.

RICARDO MOLINA.

SOBRE LA SITUACION

DEL

PONTIFICADO.

ARTICULO I.

Las consideraciones de derecho que los escritores católicos hacen valer, en las presentes criticas circunstancias en que se halla la corte de Roma, para venir en ayuda de su poder temporal, las de conveniencia que se alegan para demostrar que el libre ejercicio del poder espiritual exige el mantenimiento de la soberanía territorial del Papa, son puntos de menos urgencia, que lo es el de la necesidad de manifestar la inminencia del peligro, de señalar las causas que lo han precipitado, y de indicar de dónde y por qué medios puede venir el remedio. ¿De qué sirve disertar con erudicion sobre el origen y antigüedad del dominio temporal, ni apelar á la elocuencia y al sentimiento, para deplorar su ruina? El hecho innegable es que la terrible catástrofe está encima, que hemos llegado á los últimos límites de la situacion, y que gobiernos y pueblos están viendo acercarse la agonía del poder temporal, sin que nadie se conmueva, ó al menos sin que los lamentos que arranca el naufragio de la barca de San Pedro basten para producir en los ánimos una reaccion suficientemente fuerte para salvarla.

Por desgracia esta observacion es sobradamente exacta. La tormenta se veia venir hace tiempo, y no han bastado para contener sus extragos los esfuerzos hechos por los mas celosos amigos del Pontificado. Los gabinetes mejor dispuestos á venir en ayuda del Santo Padre, han empleado sus buenos oficios sin resultado. Se ha ensayado una cruzada para traer defensores armados en rededor de la santa Sede, y la fatal jornada de Castelfidardo los dispersó, sin provecho, aunque nó

sin gloria. Las mas aristocráticas familias de Francia y de otras regiones han enviado á sus hijos á servir como soldados en el ejército pontificio, y el noble y magnánimo ejemplo ha quedado sin imitadores. La voz santa y afligida del anciano y venerable Pontífice, se ha dirigido atribulada al universo católico implorando auxilio, y solo ha obtenido las limosnas que bajo el nombre de *dinero de San Pedro* atestiguan de las timidas aunque profundas simpatías que en el hogar de las familias encuentra todavía el sucesor de los apóstoles.

Pero ninguno de estos auxilios, ni todos juntos, son bastantes para provocar la reaccion moral, el movimiento de opinion espontáneo y fuerte que seria necesario para contrarestar la hostilidad ó la indiferencia que combaten la conservacion del poder temporal. Los enemigos naturales de este han encontrado un auxiliar poderosísimo en el espíritu de libertad y de independencia que anima á los italianos, y les ha hecho mirar al Papa como el aliado del Austria, y como un obstáculo á las reformas y á la unidad á que aspiran; y por un fatal conjunto de circunstancias, los auxiliares que contra estos enemigos podia invocar el Pontificado, no se han encontrado en disposicion de venirle en ayuda. Estos auxiliares eran los gobiernos católicos, la opinion pública en Italia y en Europa, y el sentimiento religioso, interrogado y puesto en accion oportunamente. En cuanto á los gobiernos católicos, solo dos de ellos se hallaban en condiciones de haber ejercido una influencia eficaz y que hubiera podido servir de núcleo á los buenos deseos de los demás. Aludimos á la Francia y al Austria, ya que desgraciadamente España, que en el siglo xvi bastó ella sola para mantener en pie al Pontificado y á la Iglesia, no podia aspirar á repetir ahora lo que hizo entonces. Pero el Austria, vencida y humillada en la campaña de 1859, ha tenido que devorar su impotencia y resignasse á ver caer uno tras otro sus protegidos y sus aliados en Italia. La Francia, ó su gobierno, no han tenido la voluntad de prestar al Papa el auxilio que impedian le prestase el Austria, y habiendo, además, desentendido el emperador Napoleon las instancias hechas por el gabinete español, para adoptar medidas encaminadas á socorrer al Papa, claro era que las demás potencias católicas secundarias, como Portugal y Baviera, nada podian hacer por sí, ni aún combinadas con España. Así, que la impotencia del Austria, la falta de voluntad de la Francia, anulaban la accion de los demás gobiernos católicos para concertarse y adoptar medidas favorables á Su Santidad.

La opinion pública habia bastado para contener el torrente contrario á Roma, y haber despertado un sentimiento salvador, si hubiera podido ser movido por los únicos resortes capaces de impresionar á las generaciones de otros dias. ¿Hubiera sido acaso posible intentar contra el Papa en 1847 y 48, lo que impunemente hemos visto hacer en 1860? ¿Y por qué tanto entusiasmo entonces y tanta indiferencia ú hostilidad ahora? ¿No es el mismo Pontífice, no es la misma religion? Muy distantes estamos de condenar al Papa de entonces ni al de ahora, tan distantes como de hacer la apologia de los revolucionarios de 1848. Pero no es nece-

sario elogiar ni censurar lo ocurrido en el año primero del pontificado de Pio IX, para conocer que bastó que se creyera que un Papa abrigaba sentimientos análogos á los del siglo, y podia aceptar el papel de protector de la independencia italiana para que se hiciera dueño de todos los corazones, y fuese, aunque por desgracia pasajeramente, la mayor y mas poderosa fuerza moral que haya conocido la edad presente. Preveo, y voy á hacerme cargo de la objeccion, de que, sobre aquel terreno engañoso nada podia edificarse, y de que los crímenes y la ingratitud de la república romana, absuelven á Pio IX del alejamiento que de entonces acá ha mostrado hácia las reformas liberales. Nadie compadece mas sinceramente que nosotros al benigno y desgraciado Pontífice, pero esto no impide conocer que su punto de partida de 1847 fué luminoso, exacto, el único que podia renovar la obra de los tiempos y haber abierto nuevos horizontes á la existencia del poder temporal. Una teoría puede ser verdadera, y sus primeros ensayos no ser felices. Así sucedió en España en 1812, con su primitivo ensayo de constitucionalismo. La prueba no pudo ser mas desgraciada, y sin embargo, el principio era salvador, lo único que podia levantar á la vez á la monarquía y á la nacion.

El respeto que profesamos á Pio IX, la veneracion que su sagrada persona nos inspira, no nos permiten criticar las medidas ni los actos de los primeros tiempos de su pontificado; pero por culpable que fuera la conducta de los revolucionarios de 1848, por odioso que para la posteridad deba ser la memoria de los cobardes asesinos de Rossi, antes que echarse en brazos de una reaccion tan caracterizada como la que siguió á la restauracion de la autoridad legítima, medios y auxilios dentro de la misma Italia temia Pio IX para haber refrenado la revolucion demagógica, sin haber reñido con el espíritu de libertad, y sobre todo, despues de haber hecho resonar desde lo alto del capitolio, por boca de un Pontífice, la palabra de independencia de Italia, era menester, ó no haber tomado la grandiosa iniciativa que el Papa se atrevió á tomar, ó una vez acometida obra tan árdua y de suyo tan sumamente difícil, no haber retrocedido espantado ante el temor de indisponerse con el Austria, y antes al contrario, haber dirigido, en vez de contrariar, el sentimiento patriótico que ardía en favor de Milan y de Venecia, vencedoras de sus dominadores austriacos. Cuando un soberano se propone apoderarse del ánimo de un pueblo conmovido por una justa causa, su cuidado ha de dirigirse á guiarlo, á conducirlo, y solo de este modo se logra contenerlo y moderarlo. Verdad que para esta difícil tarea no bastó la rectitud de las intenciones, la bondad de corazon, ni aún la pureza ó santidad de costumbres, y que se necesita en un Papa el temple de alma de un Julio II, ó la energía de un Sixto V. Una vez comenzada por la iniciativa del Santo Padre, la revolucion italiana no debia ser abandonada, aunque se estraviase, pues para esto bastaba haberla contenido, y para ello tuvo medios sobrados Pio IX, antes como despues de su retirada á Gaeta. Pero el bondadoso Pontífice se consternó, su alma se llenó de temor, y vió desde entonces un asesino y un sacrilego en cada uno de los que abrigaban ideas pare-

cidas á los que reputándolos por buenos habia acogido, y lo habian conducido á la República. A esta disposicion de ánimo de parte de Pio IX, debe atribuirse la linea de conducta seguida por su gobierno despues de la ocupacion de Roma por los franceses, y del restablecimiento de la autoridad pontificia. Mas la memoria de los escesos de Mazzini no podia destruir en los ánimos el imperio de las ideas de independencian y de libertad, y poco á poco fué apoderándose la reaccion en los espíritus, y volvieron á reproducirse los deseos y las exigencias de reformas, al paso que la opinion condenaba las demasías de que habia sido víctima Su Santidad. Ocasión oportuna se presentaba entonces para haber separado la causa de los revolucionarios de la de la mayoría ilustrada y sensata, y para haber reconciliado de nuevo el Papado con las ideas, antes que los pueblos se acostumbrasen á ver la seguridad de este y de la persona de Su Santidad, confiados en la guardia de las tropas extranjeras, las que desde la época de la formacion del reino de Italia bajo Napoleon, comenzaron á ser miradas con tedio por los italianos, hasta haber degenerado en odio y frenética repugnancia la adversion al dominio austriaco.

Hemos visto que la accion de los gobiernos católicos, para venir en auxilio del poder temporal, era ineficaz, desde el momento en que la Francia venia á paralizarla, impidiendo al Austria que interviniera, y no haciéndolo ella misma en la medida necesaria para resguardar la integridad del territorio pontificio, ni acogiendo las invitaciones del gobierno español para una intervencion colectiva de las naciones católicas, y tambien hemos demostrado que no se han puesto en uso los medios que solo hubieran sido eficaces para mover la opinion pública á oponerse á la destruccion de la soberanía pontificia; réstanos, pues, ahora examinar, si el sentimiento religioso ha sido invocado en la única forma que podia haberle dado el carácter de universalidad, de fuerza y de ortodoxia que se requeria para que se impusiera en cierto modo á las conciencias, y consagrara su expresion como una ley indeclinable para el mundo católico.

Podia decirse que este sentimiento se ha hecho oír por boca de los prelados de todos los países, que lo han espuesto con elocuencia escritores eminentes, y que la gran mayoría de las almas timoratas responde por todas partes con fé y con amor á las tribulaciones de la Iglesia, dirigiendo abundosos afectos al padre comun de los fieles, bajo la modesta pero inequívoca forma de la cuestacion conocida por el nombre de *dinero de San Pedro*. Mas preguntaremos nosotros á los que crean que de esta manera se ha interrogado al sentimiento religioso, ¿si por ventura su manifestacion ha producido el resultado de impresionar la opinion, en términos de superar á la opinion contraria y hacer retroceder á los que, invocando el interés de la independencian y de la libertad italianas y afirmando que queda siempre á salvo el dominio espiritual de la Santa Sede, se obstinan en que desaparezca su soberanía temporal?

No es necesario emplear argumentos para demostrar que la mas completa contestacion negativa se desprende de los hechos, y resultó evidente del estado mismo

en que la cuestion se halla. En la esfera del raciocinio, como en la de las opiniones católicas, continua siendo discutible y opinable si el Papa necesita ó nó conservar su dominio temporal, para ejercer con independencian su potestad sacerdotal. El gobierno piemontés, él mismo, protesta de su ortodoxia, repite que no se separa de la obediencia del Papa, y hace alarde de que defenderá su persona y su autoridad con mayor celo que nadie. Es, pues, evidente, que no siendo artículo de fé ni de dogma la conservacion del dominio temporal, interin no se apoye en una opinion bastante fuerte y general para ser aceptada como condicion esencial de la existencia, de la supremacia espiritual, se luchará con desventajosa y con señalada inferioridad contra el torrente de elementos hostiles que precipitan al adverso desenlace de la cuestion romana. Pero ¿cuál habrá sido la manera oportuna y eficaz de evocar el sentimiento religioso, de moverlo y de traerlo á reasumirse en términos que hubiesen producido la reaccion moral, sin la cual la causa de Roma aparece perdida á los ojos de Roma misma, pues ya en ella no se conserva esperanza alguna en los medios puramente humanos, y solo se confia en el amparo de Dios y en su promesa de que no dejará perecer su iglesia?

Este medio nos parece haber sido indicado con oportunidad y exactitud por un viajero español en un escrito en Bolonia en 1.º de marzo de 1860, y publicado por los periódicos de Madrid. En él se lee el párrafo siguiente:

«Supongamos que Su Santidad, reconcentrado en su afliccion é iluminado por el cielo, manifestase al mundo católico, que no siendo asunto de ambicion personal ni de regalía privada la defensa en que está empeñado de la conservacion del dominio temporal de la Iglesia, sino un interés general de la gran familia de los fieles, á ella toca recogerse en el santuario de las conciencias, y despues de consultar las grandes y legítimas autoridades de la iglesia universal, venir á declarar al mundo si en el siglo xix el Papa debe conservar la misma extension de poder temporal que recibiera por el consentimiento general de los pueblos y de los reyes en los siglos anteriores, á cuyo efecto Su Santidad llamaba á Roma un concilio de obispos y de varones doctos, no ya para resolver políticamente la cuestion del dominio temporal, sino para formular la opinion del concilio sobre la conveniencia de mantener dicho dominio y la manera de efectuarlo, opinion que seria sometida al mundo católico como la expresion de la necesidad de la iglesia, como la condicion precisa del mantenimiento incólume de la alta jurisdiccion cometida al sucesor de San Pedro; opinion que desde el momento en que fuese promulgada quedaria colocada bajo la salvaguardia de la fé, de la piedad y prudencia de los príncipes y de las naciones que componen la comunión de los fieles.

Atendido el espíritu que es sabido anima al episcopado, no parece dudoso que el voto del concilio seria favorable al mantenimiento del poder temporal, y tampoco la parece, que no obstante, y apesar del celo que presumamos animase á la mayoría de los prelados, fuese de temer que se pusiesen en desacuerdo con el espíritu del siglo; antes al contrario, es may de esperar que acompañarian sus declaraciones de aquellos temperamentos propios á captar el amor y la confianza de los pueblos, esforzándose por medio de su espíritu de conciliacion á que pudiesen renovarse con un título universal y reciente las antiguas y contestadas donaciones de emperadores y de príncipes. Mucho nos equivocariamos si el sentimiento católico que aún nó ha muerto en Italia, aunque es mucho menos romano que el que existe en nuestra España se mostrase insensible á esta gran manifestacion del espíritu religioso, y dejase de contribuir en la medida que se requiere á la restauracion de la creencia favorable á la conservacion del señorío temporal del Papa. De seguro, al menos la opinion de los pueblos católicos, simpatizaria con la opinion del concilio, y los gobiernos no podrian sustraerse á la influencia moral de la res-

petable asamblea. Así sería posible contrarestar, sin mengua para su prestigio, la desafección del mas poderoso de los monarcas católicos, y dudamos mucho que despues de que fuese manifiesta la opinion de la Iglesia universal, actos de la clase del célebre folleto, *El Papa y el Congreso*, pudieran ejercer la influencia de que acabamos de ser testigos (1). Y ¿quién sabe si no podría tal vez la cristiandad y el mundo recibir aún mayores beneficios de la convocacion del concilio? ¿Quién podría negar que, favorecido por la inspiracion divina, la santa reunion no pudiese encontrar palabras que penetrasen en lo íntimo de las conciencias de las comuniones cristianas disidentes, y no se lograse dar algun paso en el camino que condujera á volver á unir en una misma fé y en una misma iglesia los cismas de Oriente y de Occidente?»

No es este seguramente asunto en el que puedan tener cabida, ni entrar para nada las fantasías de la imaginacion; pero los que creen en la divinidad de Jesucristo y en la perpetuidad de su palabra están autorizados á esperar que el celestial fundador no abandonará á ninguna de las comuniones que invocan su nombre, y que sin duda reserva, sinó á nosotros, á nuestros hijos, maravillas en el orden moral, no menos sorprendentes y consoladoras que las que el genio del hombre ha sabido encontrar en el orden material, y si es razonable y fundada esta esperanza, ¿por qué habríamos de negar la posibilidad de que sin infraccion de la unidad católica, el sentimiento cristiano llegue á encontrar los medios, sino para una inmediata y completa fusion en el orden disciplinario de las iglesias griega y protestante con la romana, al menos una tendencia presente capaz de conducir mastarde por medio, de nuevas manifestaciones de la gracia divina, á la futura asimilacion de todas las creencias y cultos que tienen por base la divinidad del Dios hombre y la necesidad de la revelacion.»

«Si por medios análogos á los que acabo de indicar no se logra dar un impulso favorable á la cuestion del señorío temporal de Roma, resignémonos de antemano á un mal mayor que los que hasta ahora han aparecido en el orden de las ideas religiosas, á la perspectiva del lento pero progresivo extrañamiento de los italianos del centro comun de los fieles, á la perspectiva amarga de un divorcio con el pastor universal; divorcio del que muy bien podría surgir, ó una deplorable ramificacion del protestantismo, ó una no menos sensible tentativa de Iglesia católica separatista, á la que ayudará el, tal vez lento, pero inevitable desarrollo de la idea democrática?»

Los sucesos que se han ido precipitando durante el año transcurrido desde que se publicaron las observaciones que acabamos de transcribir, dan gran peso y autoridad á la idea que en ellas se expone, al paso que no puede desconocerse que su aplicacion oportuna y fácil cuando fué sugerida, sería de todo punto impracticable en la actualidad, al menos en Roma. En aquella época el universo católico hubiera respondido á la voz del Papa. El emperador de los franceses, enalesquiera que fuesen sus designios, no se habia adelantado aún en el camino porque despues ha marchado, no se habia puesto en pugna con el episcopado francés, y protestaba de su adhesion al Pontífice y de su anhelo de conservar su poder temporal. La mitad de Italia obedecía todavía á sus principes, y hubiera enviado sus obispos á Roma, y ni aun en los territorios entonces dominados por el Piamonte se hubiera atrevido el Gobierno á poner impedimento á la idea de sus preladados al Concilio. De muy diferente aspecto están las cosas en la actualidad. Es dudoso que el gobierno francés consintiese en que los preladados del imperio concurriesen á una asam-

blea convocada para ilustrar al mundo católico sobre una cuestion acerca de la cual Luis Napoleon tiene opiniones propias, y en la que ha tomado la iniciativa. El gabinete de Turin, dominador hoy de casi toda la península, se opondría resueltamente á que el clero de sus estados respondiese á la convocatoria, y por las posiciones que sus ejércitos ocupan en los confines del pequeño patrimonio de San Pedro, que por todos lados circuyen, tendría aquel gabinete en su mano los medios materiales de impedir la llegada de los preladados á Roma, además de encontrarse esta ciudad en manos y á la merced de los mismos que han provocado y promueven la ruina del poder temporal del Papa.

Descuidado como lo ha sido en tiempo oportuno, el mas poderoso de los medios de haber dado al sentimiento religioso una espresion y una forma capaces de haber producido una reaccion, sinó del todo favorable, conciliadora al menos de los derechos de la soberanía temporal pontificia, el Papa se encuentra en la dificilísima posicion de ver coligados contra su autoridad, al italianismo, al espíritu liberal y democrático que lo considera aliado de la reaccion en todas partes, al bonapartismo, que sea por tradicion, ó por que no ha logrado que Roma se convierta en instrumento bastante sumiso, permite al Piamonte que deshaga la obra de los siglos, y por último al protestantismo activo de Inglaterra que aprovecha la ocasion de vengar antiguas y recientes ofensas.

Triste y lamentable como lo es sin duda semejante estado de cosas para los católicos celosos, los mas imparciales no podrán desconocer que entre las causas puramente humanas que han conducido á la situacion que deploran, algunas han podido ser apartadas por la prudencia y es sorprendente cómo una corte tan sabia, tan previsora, tan esencialmente diplomática como lo fué siempre la de Roma, haya dejado precipitarse contingencias que habria podido modificar. Aún prescindiendo de la consideracion que ya hemos apuntado de lo conveniente que hubiera sido al Papa separar la causa de la revolucion que tan ingrata se le habia mostrado, de la de las ideas de adelanto y de reformas que tan populares eran entre las clases educadas de sus propios súbditos, aun omitiendo entrar en la esplanacion del sistema de gobierno interior que hubiese podido conciliar el sostén de la soberanía temporal con las necesidades de los tiempos y las exigencias de la opinion, y admitiendo el hecho de que por no haber sido satisfactoriamente resueltas estas dificultades quedaba en pié la mayor de todas, la de dár por cimiento y garantía de la conservacion del poder temporal, la voluntad y el amor de los pueblos, la crisis que hoy amenaza á Roma, los peligros que la cercan han recibido su mas inmediato impulso de causas en las que ha entrado por mucho la política seguida por el gobierno de Su Santidad.

Los resultados de la guerra de 1859, eran de tál naturaleza, que debieron haber abierto los ojos á la corte pontificia, sobre la situacion indefensa en que la colocaba la derrota de su aliada de predileccion, el Austria, forzada á abdicar toda intervencion y toda influencia en Italia.—Desde aquel momento el Papa es-

(1) Los jefes del movimiento en las Romanías, dudosos aun de la aceptacion por el Piamonte de la votada anexion, se hallaban entonces, sino muy dispuestos, resignados á un arreglo con Roma, bajo las bases de reconocimiento de la soberanía del Papa y de un gobierno local independiente, arreglo al que habrian suscrito, si las circunstancias los obligaban á ello; cuando la publicacion del folleto vino á colmar sus esperanzas, desde aquel momento, solo por lo prematura habria podido reducirseles á tratar con Roma.

tuvo á discrecion del Emperador de los franceses.—Resentida de la pérdida de las legaciones, irritada de que la Francia le aconsejase su abandono, la corte de Roma cometió el error de creer que Napoleon no podría hacerle mas daño del que le habia hecho, y á la desconfianza, siguió el alejamiento, las quejas, las ofensas reciprocas, con ocasion de la presentacion de obispos y de los demás negocios eclesiásticos en que no habia cesado de reinar armonía entre los dos gobiernos.—El clero francés, que hasta aquel momento habia sido el sostenedor, el panegirista, el aliado íntimo y predilecto del gobierno imperial, empezó á mostrarse frío, y como sino bastáran estos elementos de division, Roma manifestó el deseo de formar un ejército suyo, al que confiara la defensa de sus estados; y escogió para que lo organizara á un célebre general francés, adversario del imperio, y tratado por él como enemigo.—A las filas de este ejército, corrieron á alistarse con apresuramiento los hijos de las familias aristocráticas francesas, mas señaladas por su adhesión á otras dinastías que á la Napoleoniana, y la situacion oficial de Roma tomó desde mediados de 1860 un aspecto que, espresado en palabras, parecia querer decir al imperio: *no quiero nada contigo, y podré dispensarme de tu dudosa amistad*. El Papa creía obrar dentro de los límites de su derecho, y esperanzado de poder contener los enemigos interiores, por medio del ejército que le organizaba el general Lamoriciere, no recelaba que ninguna potencia constituida viniera á atacar su soberanía y la independencia de sus Estados. Tan seguro debia creerse de ello Su Santidad, que si hemos de dár crédito á los documentos diplomáticos presentados al senado y al cuerpo legislativo por el gobierno francés, la corte de Roma rehusó, ó por lo menos declinó, la oferta que aquel le hizo de hacerle garantizar la conservacion de los Estados que todavia poseía la Santa Sede; negativa fundada en la repugnancia de aparecer, aceptando, que asentía á la pérdida de las legaciones.—Pero Roma se encontraba en realidad en mayores peligros que los que habia calculado, y su tirantez en rehusar la parcial proteccion que le ofreciera el resentido Emperador debia conducirla á pérdidas aun mas dolorosas.—Si una insurreccion escitada por el Piamonte, y consentida por la Francia segregó á las Romañas del estado pontificio, una ocupacion armada, una invasion á cara descubierta por los ejércitos de Victorio Manuel, ha venido á arrancar al Papa el resto de sus posesiones, sin dejarle mas territorio que el reducido patrimonio de San Pedro, que las tropas francesas guardan todavia, y sin empeño ni garantia de mantenerlo siempre bajo el dominio de la Santa Sede.

De una manera indirecta no ha contribuido poco la Inglaterra á dár á la cuestion italiana el giro que debia conducir al aniquilamiento del poder temporal; y aunque á primera vista crea descubrirse el móvil de su hostilidad en el viejo antagonismo de los dos principios religiosos, no es difícil descubrir que mas bien que guiado por antipatía, ni por fanatismo, el gobierno inglés ha obrado por política, y hasta cierto punto

por represalias.—Despues de la emancipacion de los católicos, la Inglaterra iba olvidando sus contiendas y sus rencores con Roma, y la mas amplia y liberal tolerancia hacia desaparecer de dia en dia las antipatías nacidas de la diferencia de cultos; mas aún, la propaganda católica, hacia notables progresos en Inglaterra, sin que el gobierno se alarmara de ello, cuando hace algunos años la corte de Roma, cediendo tal vez á las exigencias de católicos, mas celosos que previsores, se quiso dár la satisfaccion de proclamar que habia hecho la conquista moral del suelo británico, y publicó la bula ó decreto dirigido al Cardenal Wiseman, dividiendo en Diócesis todo el territorio del Reino, y creando un arzobispo ú obispo para cada una de las circunscripciones en que habia obispos protestantes.—En sustancia nada ganaba con esto el catolicismo en la Gran isla, pues nada venia á añadir á las garantias de libertad de que disfrutaba su culto; pero en cambio irritó profundamente el orgullo inglés, espuso á su gobierno á la mofa de los protestantes celosos y dió alas á la facciosa oposicion que no cesaban de suscitarle los irlandeses. El gobierno inglés, que se sintió herido y humillado de la actitud invasora que tomaba la corte de Roma, ha guardado la memoria del agravio y aprovechado la primer ocasion de satisfacer su enojo, con pasion disimulada y fria, haciendo servir de instrumentos á su enemiga el patriotismo de los italianos y las tergiversaciones del Emperador Napoleon.

La corte de Roma se vé amenazada por todos sus contrarios, y en vísperas de experimentar una catástrofe, de la que por el momento al menos solo podría libertarla la mano resentida y poderosa que hizo perder al Papa las legaciones, que autorizó la invasion de las Marcas y de la Umbría, y á la que basta retirar sus tropas para entregar á los piamonteses el exiguo territorio en que aún se reconoce la autoridad de la Santa Sede.

En semejante situacion, la primera de todas las cuestiones es la de investigar si en el orden de las combinaciones humanas y verosímiles, existe alguna á la que podamos atribuir eficacia suficiente para restablecer el dominio temporal del Papa, esto es, para que vuelvan á su obediencia los tres millones de habitantes que se le han separado.—Y si esta restauracion no es admisible, ¿á qué condiciones y bajo qué pié podría esperar el mundo católico ver reconocido y asentado el poder espiritual del Pontífice, en términos que pueda, con libertad y sin trabas, ejercer la administracion de la Iglesia universal, que sus mismos enemigos reconocen pertenece al sucesor de los apóstoles?

Roma, 25 de Marzo de 1861.

ESTUDIOS SOBRE LA FABULA.

ARTÍCULO IV.

(Conclusion.)

En lo que llevo dicho hasta aquí, he considerado al *Apólogo* como un Poemita moral de reducidas dimensiones litera-

rias; pero el género no puede recibir mayor latitud y expansión, y bajo ese punto de vista tiene nuestra España la gloria de contar entre sus escritores los primeros Fabuladores del mundo. ¿Qué es, bien mirada, la *Gatomáquia* de Lope de Vega, sino una graciosísima Epopeya en el género fabulístico? ¿Qué es la *Mosquea* de Villaviciosa? ¿Qué es, sobre todo, nuestro *Don Quijote*, esa obra que parece escaparse á toda definición como género literario, y que constituye la mas bella y trascendental *Parábola* de las grandezas y miserias de la Humanidad, personificada de la manera más festivamente sublime en el tan cuerdo como loco Hidalgo, y en su simple y malicioso Escudero? Ante esa creación incomparable del inmortal manco de Lepanto, ¿qué son las *Fábulas* de La Fontaine. Yo, empero, debo aquí limitarme á considerar el *Apólogo* tal como generalmente se le entiende; y así, prescindiré de explanar estas ligeras indicaciones, que nó pocos creerán aventuradas, contentándome con decir que si la *Fábula* ha tenido Homeros, ha sido en el siglo XVI, y en nuestra nación, por fortuna, dicho sea con el respeto debido al autor de la *Batracomiomachia*; conviniendo yo, por lo demás, con nuestro gran Quintana, en que el *Apólogo* español *Esópico* es todo del siglo XVIII, no habiendo existido antes de esa época un solo Fabulista digno de tal nombre, en ese sentido, entre los escritores de nuestro país (1).

Entranto, si Iriarte abrió al *Apólogo* un camino desconocido hasta él, bajo el punto de vista de sus esplicaciones, otros senderos hay todavía por los cuales se le puede llevar. Si la política moderna no tiene aun verdades suficientemente demostradas para hacerlas objeto de la *Fábula*, sino solo en escaso número, día vendrá en que el tiempo y la experiencia acaben por fijar ciertas ideas, hoy fructuantes en el espacio, y entonces podrá ser el *Apólogo* político, lo que con tanta gloria de nuestro país ha conseguido ser el literario. ¿Y el científico? ¿y el artístico? ¿y el filosófico? ¿y el religioso? ¿Cuánto no puede ensancharse el género con esas otras aplicaciones, algunas de ellas inauguradas ya, el día en que tenga nuevos y dignos intérpretes, ó en que ciertos hombres de Génio no se desdénen de ser Fabulistas.

A quien de esta manera discurre y así se atreve á escribir un *Prólogo*, para ponerlo al frente de sus *Fábulas*, no faltará quien le diga: «¿y tú? ¿Te crees, acaso; de los llamados á regenerar el *Apólogo*, ó presumes tal vez llevarlo por senderos desconocidos? Ay! muy mal debe de conocerme quien esa pregunta me haga! Yo tengo aquí en mi mente un bello ideal que constituye mi condicion íntima, sea con razon ó sin ella; pero nadie conoce mejor que yo mismo lo infinito que dista mi pobre ingenio del talento que se necesita para abrir un nuevo horizonte á la *Fábula*. Nada absolutamente me debe esta, sino sólo entusiasmo y cariño. Si he hablado de ella en sus distintos ramos, de la manera que ha visto el Lector, ha sido solamente para dar una idea de su importancia, y para despojarla del concepto en que el vulgo suele tenerla, creyéndola un mero juguete, indigno de ocupar á hombres formales. Por lo demás, si de lo que llevo dicho pudiera deducirse alguna cosa, sería que pues tanto he abogado por la

Fábula solemnemente grave, graves y muy solemnes deben de ser las que forman esta *Coleccion*; y es lo contrario precisamente. Salvo alguna que otra, en que atentado por el ejemplo de Florian, he procurado levantar algo el estilo, como protesta contra la doctrina que no consiente al Fabulista otro lenguaje que el que familiarmente se habla dentro de las cuatro paredes del reducido círculo doméstico, dónde caben muy enhorabuena la cultura, la discrecion, el donaire, la gracia y todas las demás dotes que son el alma de la conversacion en una sociedad escogida, nó empero cierta grave entonacion, ni menos los trasportes del Poeta, cuando este se eleva á cierta altura; salvo, digo, esas poquísimas excepciones, los demás *Apólogos* que someto al juicio público, son todos familiares y ligeros, y risueños, jugueteros ó festivos cuanto ha estado en mi mano hacerlos. ¡Así hubiera yó podido darles una mínima parte de la gracia, y sobre todo del candoroso estilo que tanto embelesan en La Fontaine; pero el candor es un don de Dios, que este derramó á manos llenas sobre el gran Fabulista francés, concediendo tambien no poca parte á su gran explotador Samaniego, no pudiendo yo, por lo tanto, creer que me haya tocado en suerte mejor fortuna que la muy escasa deparada á los menos favorecidos. Entretranto, no puedo persuadirme de que el que no tenga ese don haya de renunciar á escribir *Fábulas*, aun cuando tenga todos los demás, como pretenden algunos críticos. Si dijieran que no puede escribir las por el estilo de aquel eminente Fabulador, convendría yo en ello sin dificultad; pero á falta de dotes mejores ¿porqué no ha de poder el *Apólogo* ser punzante, incisivo, epigramático, intencional y hasta malicioso, en el buen sentido de la palabra?

La razon y la Filosofía protestan contra esa estrecha circunscripcion de límites, que aun dentro del terreno festivo, y aun en sus más pequeñas proporciones, le quieren imponer ciertos preceptistas: lo único vedado á la *Fábula*, bajo el punto de vista del estilo, es el que sea malo de suyo, y aun el bueno, por muy bueno que sea, si no es natural y espontáneo, ó se halla en pugna de cualquier modo con las fuerzas del que lo adopta. Lleno yo de esta conviccion, me he abandonado completamente á la inspiracion del momento en cuantos *Apólogos* he escrito: si estos son malos, no será la culpa del tono que haya usado en cada caso particular, sino ó bien de la mala eleccion del asunto, ó bien de su mal desempeño, ó bien de las dos cosas á la vez, por ser mi inspiracion un fuego fátuo, en lugar de real y efectivo.

En cuanto á la índole íntima, ó fondo sustancial de mis *Fábulas*, hay alguna que otra literaria, y tambien alguna que otra política; pero todas las demás son morales, con tendencia de vez en cuando á fortificar el espíritu religioso, cuyo mantenimiento es tan preciso en los tiempos que atravesamos; siendo adoptables en su mayor parte á la comprension de los niños. En ocasiones, aunque muy raras, intercalo con los *Apólogos* propiamente dichos, algunos que en todo rigor solo pueden calificarse de *máximas*, siguiendo yo en esta parte el ejemplo de otros Fabulistas notables, los cuales han creído oportuno obrar así, por el íntimo consorcio que existe entre el uno y el otro género, considerados bajo el solo aspecto de la doctrina ó verdad moral, punto al cual he atendido siempre con preferencia, en términos que sean muy pocas las *Fábulas*, que entre las mías puedan calificarse de *mi-lusias* ó de mero y fugaz entretenimiento, sin consecuencia alguna importante en lo que á la doctrina concierne. Entretanto, aunque he procurado ser claro y sencillo en la mayor parte de mis *Apólogos*, debo advertir que tengo mis ideas en lo que dice relacion á la niñez. El talento, aun en sus primeras manifestaciones, adivina muchas cosas que no entiende, y las *Fábulas* que se escriben para niños, les han de suponer algun talento. Los estúpidos, sean chicos ó grandes, no se ocupan

(1) Con anterioridad á Samaniego y á Iriarte, cultivaron más ó menos la *Fábula* en pequeño algunos, aunque muy contados, escritores españoles, entre los cuales merece mencion especial el Infante D. Juan Manuel, en su *Patronio* ó *Conde Lucanor*; pero (dicho sea tambien con el justo respeto que se debe á ese nuestro monumento literario del siglo XIV), los *Enxemplos* ó *Enxiemplos* que lo constituyen, no tienen, generalmente hablando, otro precio que el arqueológico, comprobándose como se comprueban con ellos los adelantos que hizo en manos de aquel Príncipe nuestra incipiente prosa castellana, lo cual no quita que sus *Apólogos* resulten hoy frios y pesados, al menos en su mayor parte; y eso aún siendo tales *Apólogos*, que nó todos lo son realmente.

en leer *Fábulas*, ó si las leen, no han de adelantar con ellas mucho más de lo que adelantó el Asno á que se refiere una de las mías, y menos estando escritas en verso, el cual, bien se deja entender que no ha de ser verso tan solo, sino poesia tambien, al menos, en cuanto sea posible. De ese modo, además de las buenas máximas con que se forme el corazon infantil, podrá el Fabulista irle inculcando ideas de buen gusto literario, hasta el punto de familiarizarle insensiblemente con ellas, no mereciendo perdon alguno, si pudiendo conseguir los dos resultados, se contenta con uno solo. Yo que creo ese buen gusto esencialísimo para la buena educacion, he procurado no descuidar una cosa tan relacionada con la moral y con la virtud, esmerándome en ser todo lo puro y correcto que buenamente me ha sido dable, y todo lo menos mal Poeta que mi escaso ingenio y la indole del asunto, me han consentido. Este último cuidado ofrece el riesgo de hacer la *Fábula* menos perceptible á inteligencias todavia tiernas, si no se procura á la vez que los conceptos sean clarísimos; y por lo tanto me he esmerado tambien en ser todo lo trasparente que me ha sido posible. Si á pesar de ese postrer esfuerzo mio, resultaren, como sin duda resultarán, algunos pasajes que por de pronto parezcan menos adaptables á la comprension de un muchacho en aqueillos de mis *Apólogos* que no hablan con los de mayor edad, séame permitido confiar en que la viva voz del Maestro me reemplazará con ventajas. ¿No lo hace así constantemente en lo concerniente al Catecismo, y á ciertos y determinados pasajes de la Historia sagrada y profana? ¿Los comprenderian los niños sin ese auxilio? Pues de análoga manera debe ser ayudada la inteligencia infantil, tanto en lo que la *Fábula* tiene de literario, como respecto á su intencion moral, destruyéndose así las objeciones que en su Emilio hace Rousseau al *Apólogo* en general, y en especial á los de La Fontaine. No tiene, pues, escusa el escritor que á pretexto de la sencillez escriba *Fábulas* en estilo mas humilde de lo justo, ó por mejor decir, chavacano.

En lo tocante á la versificacion, he adoptado el sistema de variarla segun sus respectivos asuntos, cuando de todos ó casi todos los métricos que se conocen en castellano. Dos fines me he propuesto al obrar así: uno, evitar la monotonía, y otro dár á la gente iliterata, pero aficionada á los versos, una idea de las distintas especies de estos, así como del modo de combinarlos en nuestra rica y variada Métrica. Como complemento de mi trabajo en este punto, he creido oportuno dar al fin de la obra un breve, aunque completo *Tratado de versificacion castellana*, explicando esos mismos métricos ensayados en mis *Apólogos*. De ese modo podrán ser estos mas útiles á muchachos de cierta edad, sirviéndoles como de guía práctica en la apreciacion de los medios de que nuestra Poesia se sirve para expresarse en lenguaje métrico, y preparándolos para cosas mayores cuando estudiando las Humanidades, comiencen á dar los primeros pasos en la Bella Literatura.

Hablar ahora de las reglas á que me he atenido, ó he dejado de atenerme en la composicion de estas *Fábulas*, cuando el género, segun Florian, no está sujeto á reglas ningunas, podria parecer pedantería. Respecto la opinion de los que creen que no deben intervenir en esta clase de composiciones sino solamente *animales*, fundándose en que habiendo sido cuna del género los países que en la antigüedad tenian como dogma la *metempsychosis*, desdice de su carácter y de su indole primitiva darle otra especie de interlocutores; pero sobre ser una mera hipótesis todo cuanto se relacione con esos países originarios, creo que aunque fuera fundado ese modo de discursar, lo único que de él podria deducirse, seria la necesidad de observar tal precepto pura y sencillamente en los países donde se encontraran en voga el sistema y las creencias de Pitágoras, nó empero en los pueblos cristianos que

nada tienen que ver con ellas. Otros piensan que el dominio del *Apólogo* puede estenderse á los *vegetales*, porque al fin tienen *vida propia*, y aun llegan á decir que hasta su *yó*, como si tuvieran *conciencia*; mas nó á los seres *inanimados*, ni menos á los que entre los mismos son *obra ó producto del hombre*. Yo respeto, tambien, como el que mas, esa otra manera de ver; ¿pero por qué ha de estar prohibido al Fabulista lo que nadie ha vedado á Camoens, al animar, pongo por ejemplo, el Cabo de Buena Esperanza? ¿Por qué ha de ser tampoco inaceptable que hable la *Olla* con el *Caldero*, en razon á haberlos el hombre formado, si por otra parte se acepta que hablen, verbi gracia, los *Montes*, seres que aunque sean producto de la sola Naturaleza, no le deben á esta sentimiento ni habla que nosotros sepamos? En todos esos modos de argumentar, hay tal vez mas cavilosidad metafisica, que buena y sólida razon poética; y acaso deba decirse lo propio del sistema que excluye de la *Fábula* todo ser ó interlocutor *racional*, fundándose en que la intervencion de los hombres en ella puede dar lugar muy enhorabuena á un cuento *moral ó instructivo*; nó, empero á una *composicion fabulistica*, tal como la concibieron allá en su mente los primeros autores del género. Será así como lo dice Mr. Decámpe, cuyo discurso ó trabajo sobre el *Apólogo* sienta no conocer sino solo por algunas referencias, pero en contra de su teoría hay una multitud de ejemplos prácticos, que demuestran no haber pensado siempre como él los mas insignes Fabuladores. Yó, por mi parte, el último de todos, creo á lo sumo que la *Alegoría*, ó sea el *disfraz de la Fábula*, resalta mas en las composiciones donde el hombre no es autor ni interlocutor; pero que no por eso deja de haberla en las que lo presentan, ya hablando, ya obrando, siempre que del caso particular en que el escritor le coloque, se deduzca ingeniosamente una verdad general, ó al menos de mas lata aplicacion que la de ese caso exclusivo. Así tuviera yo muchos *Apólogos* por el estilo de *El Califa de Florian*, y mas que los llamasen mis lectores puras y meras *moralidades*, como defiriendo á la opinion del autor poco antes citado, ha llamado á algunas de sus composiciones el moderno Fabulista *Florentin Ducós*, á fin de distinguirlas de los *Apólogos*, en que nunca interviene el hombre!

Otras cosas, si he de decir verdad, me han preocupado mas que esas en la composicion de mis *Fábulas*, aún cuando estas valgan muy poco. Vago y todo como es el género, parecen presidirle ciertos principios fundamentales, á los cuales no puede evadirse; y estos he procurado respetarlos, en cuanto de mí ha dependido. Si como tal género poético puede adaptarse á todas las entonaciones y á todos los estilos posibles, como cuento ó composicion doctrinal que al fin es, no deben sus adornos distraerle de su principal objeto, ni ofuscar la verdad moral, literaria, politica etc., que pretenda inculcar al lector: de aquí que su lenguaje y estilo deban ser siempre claros y perspicuos, por figurado que sea aquel y por elevado que sea este; de aquí, tambien, que la versificacion, aunque numerosa y rotunda, haya de ser natural y fácil, sin que parezca que le cuesta al autor trabajo de ninguna especie. Tambien debe cuidar el escritor, y nunca en esto se escudará, de la verdad de los caracteres con que revista á sus interlocutores, haciendo á estos hablar y obrar de la manera mas adecuada á la idea que de ellos se tiene, y acomodando á esas diferencias las consiguientes en el estilo. En cuanto á la relacion que debe haber entre lo que la *Fábula* diga, ó entre la accion que ponga en escena, y la moral que de ella se deduzca, no cabe disputar: ha de ser *intima*, cuidando empero el Fabulador de que sea al mismo tiempo *ingeniosa*, á fin de no incurrir en el *idem per idem* que caracterizaria, por ejemplo, al que no sabiendo atacar la intemperancia de otro modo, dijese que un Asno se hartó de paja y que reventó del hartazgo, deduciendo de esto que el hombre debe abstenerse de

todo esceso en la comida y en la bebida, para que no le suceda lo propio. La moral, generalmente hablando, debe estar en las entrañas del *Apólogo*, como la chispa en el pedernal: oculta hasta el momento en que el autor la haga saltar de un eslabonazo. Esto no quita que alguna vez, y como por vía de excepcion, digámoslo así, pueda la *Fábula* empezar por la moraleja, en vez de reservarla para el final: en tal caso, comienza el lector por ver enunciada una verdad indisputable y que tiene ya en su conciencia, pasando luego á ver ó manera como el escritor la comprueba con un ejemplo simil, nó ya comun, que eso cualquiera lo sabe hacer, sino extraño hasta cierto punto; y cuando más inesperado lo halle y mas adecuado lo vea al objeto que el autor se propone, tanto mas placer le dará. Tampoco quita á lo anteriormente dicho que la moraleja de que se trata se suprima completamente en ciertos casos; pero esto debe hacerse tan solo cuando la Alegoria en sí misma se deje adivinar, en cuanto á su fin, dejando al lector el placer de que sea su direccion la que descargue el eslabonazo que el autor ha dejado como en suspenso, bien que indicando como al descuido el punto sobre el cual debe dar. Por lo demas, de la brevedad ó longitud de la *Fábula*, creo haber dicho lo bastante. Nunca debe desatenderse el *quidquid præcipies est brevis* de Horacio; pero en las tendencias índole y espíritu del siglo XIX en que estamos, esa á veces es cuestion relativa. Tal *Apólogo* puede haber, dice Genevay con razon, que constando de cien versos sea corto, y tal otro que encerrado en solos diez, sea largo. Eso depende de la índole del asunto, de los detalles que juzgen en él, y sobre todo de la habilidad con que al autor sepa conducirse, ¿A qué cansarme, pues, en indicar los principios generales á que haya podido atenerme en la generalidad de mis *Apólogos*, si aun siendo ciertos de todo punto, y aun habiendo procurado observarlos religiosamente, puedo haber hecho *Fábulas* malísimas? El gran secreto que ni se enseña ni se aprende (preciso es repetirlo otra vez) está en saber por lo menos contar cuando el *Apólogo* se limita á decir, y en saber contar, dialogar y pintar juntamente, cuando como dice La Mothe, es una moralidad disfrazada bajo la Alegoria de una accion.

Género muy Proteo debe de ser el que aun no está definido, y vastísimo campo el suyo, cuando aun limitándolo La Fontaine á su preferente modo de fabular, decia de él que era ni mas ni menos,

*Une ample COMÉDIE à cent actes divers,
Et dont la scène est l'Univers.*

Yo, refiriendo estos versos, no á una especie determinada de *Fábulas*, sino el *Apólogo-poemita* en todas sus foamas y aplicaciones, podría traducirlos, diciendo ser el género en toda esa extension.

*Un DRAMA en actos múltiple y diverso,
Que tiene por escena al Universo.*

Entre tanto, aun cuando con las observaciones que llevo hechas, no consigo yo otro fruto que el de dár á ciertas gentes una idea más noble y elevada de la *Fábula* que la que de ella suelen tener, preparándolas de ese modo á saber apreciar en lo que valen las dificultades que ofrece, y á no mirar con desden completo mi harto pobre y humilde Coleccion, podré darme por satisfecho.

Cuatro palabras más, y concluyo. Con la sola excepcion de unas veinte á treinta, en que he sido traductor ó imitador á sabiendas, las demás *Fábulas* que doy á luz, son todas originales. No lo digo por echarla de inventor, sino para que eso me dé algun título á la indulgencia de mis lectores, sobre todo en lo relativo á las mas flojas, escritas en parte cuando me hallaba en el ingreso de la adolescencia, y de ellas alguna á los catorce años de mi edad. Tan antigua es mi afición á ese género, al cual he vuelto en estos últimos años con

la misma afición que entonces, sin duda porque habiendo comenzado ya á hacerme viejo, vuelvo nuevamente á ser niño. Con la docilidad propia de este, diré sumiso las advertencias que la critica sensata y desapasionada se digne hacerme, si es que llega á ocuparse de mi Coleccion: con la misma docilidad procuraré enmendarme de mis extravíos en algun otro libro de *Fábulas*, si esa critica tiene á bien advertirme los que he cometido en estos seis primeros; extravíos que sin duda serán muchos, pero que, como es natural, han de ocultarse si no se me indican. El solo y único que no se verá en mis *Apólogos* es el de la alusion mas remota á personas determinadas: amante entusiasta del género, lo soy tambien de mi dignidad como escritor público, y no revolcaré jamás por el lodo ni la una ni la otra, enmascarando con la Alegoria ataque personal de ninguna especie. *Parcere personis, dicere de vitiis*, dijo Juvenal respecto á la sátira: el mismo lema lleva esta obrita; y teniendo como tengo dadas pruebas de que cuando he querido combatir á alguno, lo he hecho, nó á traicion, sino frente á frente, tengo á mi vez derecho en esta ocasion á que se me crea tambien caballero cuando ataco al vicio en mis *Fábulas*.

MIGUEL AGUSTIN PRÍNCIPE.

EL FERRO-CARRIL DE CARTAGENA.

Entre las cuestiones que se hallan sobre el tapete, figura en lugar muy preferente la del ferro-carril de Cartagena. No es este ya un asunto en que versan únicamente intereses materiales; median en él otros de una índole muy diversa, que lo elevan á la categoria de una cuestion política.

La historia de este ferro-carril es de lo más curioso que puede presentarse. Reconocida la necesidad de poner en comunicacion á uno de los principales puertos del Mediterráneo, como lo es Cartagena, con la capital de España, se adoptaron las medidas oportunas para facilitar la construccion de la vía férrea, y obtuvo la concesion la compañía constructora del ferro-carril de Alicante, que mostró particular empeño en obtenerla. Las provincias interesadas en el asunto no vieron con buenos ojos que la suerte del ferro-carril que habia de atravesarlas quedase en mano de la empresa de otra vía, que necesariamente habia de ser rival de la otra, por ir á parar á un puerto del Mediterráneo inmediato á Cartagena, y con condiciones análogas á las de este. Pero respetando la ley, se propusieron ver la manera con que esa empresa se conducia, para obrar en vista de ello como fuera mas conducente á sus intereses.

Los concesionarios, despues de haber impedido que otra empresa se encargase de la construccion, dejaron pasar con la mayor calma, y haciéndose sordos á las reclamaciones de los murcianos y cartageneros, gran parte del tiempo que la ley les concedia para comenzar las obras, sin emplear un solo hombre en los trabajos. Despues, y con el único objeto de que cesasen esas reclamaciones, destinaron algunos trabajadores á varios puntos para que *hicieran que hacian*. Tan poco fué lo que adelantaron, y tan mala la manera con que los concesionarios quisieron disfrazar sus propósitos, que no tardaron mucho los interesados en la construccion en comprender que no se trataba de otra cosa que de ganar tiempo, y para evitarlo y hacer que se cumpliese la ley, acudieron en queja formal al gobierno.

No podia este desconocer la justicia que asistia á los reclamantes, y una real orden, á la cual siguieron otras tres, á consecuencia de nuevas reclamaciones, recordó á la empresa la

imprescindible obligacion en que se hallaba de cumplir los compromisos que contrajo.

Nada se consiguió con ello, sin embargo. La empresa hizo el mismo caso de las reclamaciones de los interesados, que de las indicaciones del gobierno.

Patente su mala fé, é intimamente convencidos los murcianos y los cartageneros de que esa empresa habia obtenido la concesion con el firme y deliberado propósito de no *hacer el camino* para evitar así la competencia que ofreceria al de Alicante de que era propietaria, creyeron que no estaban en el caso de posponer sus intereses á los de una empresa, y rompiendo con ciertas consideraciones que hasta entonces habian tenido, pusieron en juego todos los elementos con que contaban, entre los que figuraba en primer término la justicia de su causa, para que la concesion fuese una verdad.

El gobierno, en el cual figura un hijo de aquellas provincias, doblemente interesado en el bien material de ellas, por las muchas posesiones heredadas de sus padres que en las mismas tiene, y el que, por esta misma causa, no habia hecho hasta entonces todo lo que en su mano estaba, como jefe del ramo, para dar cumplida satisfaccion á la justicia de la causa de los reclamantes, ha comprendido al fin que habia llegado el momento de adoptar una resolucion estrema, y así acaba de hacerlo, espidiendo recientemente una real orden en que se obliga á los concesionarios á que en el improrrogable término de *quince dias* comiencen las obras *en forma*, conminándoles en otro caso con la caducidad de la concesion.

Pero como para eludirla, y tan solo para eludirla, acaba de introducir la empresa una nueva pretension, y como el término concedido está para espirar, sin que se haya hecho lo que se prescribió, se espera con general ansiedad la resolucion que en el asunto se adopte, asien aquellas provincias, como en todas las de España, interesadas, nó ya solo en la justicia, sino tambien en el fomento general de los intereses materiales.

Esta es la historia pública del asunto; esto lo que *se vé*; falta ahora conocer lo que *no se vé*, y que es precisamente lo que hace esta cuestion eminentemente política, porque á consecuencia de ella puede haber una modificacion ministerial, complicaciones con un gobierno extranjero, y públicas manifestaciones de disgusto en las provincias interesadas en la construccion del ferro-carril.

La empresa del Mediterráneo tiene á su frente al conde de Morny, persona muy influyente, como es sabido, en el gobierno del vecino imperio. Interesado como el que más en el buen éxito del negocio de la vía férrea de Alicante, ha puesto, segun parece, en juego toda la influencia que necesariamente, y así por sus relaciones como por su elevada posición oficial debe tener con el nuestro, para que dicha empresa se salga con la suya, y el ferro-carril de Cartagena se quede sin hacer.

Al mismo tiempo ha hecho comprender al de París que el puerto de Cartagena reúne ciertas condiciones que le hacen muy superior á los de Alicante, Valencia y Barcelona, y que estando unido por un ferro-carril á la capital de España, tan luego como esta lo esté á su vez con Europa, tendrá que sufrir el puerto de Marsella la competencia que esos otros no han podido ni podrán hacerle.

El emporio del comercio del Mediterráneo, vendrá á ser Cartagena, si tiene ferro-carril, y Marsella entonces no podrá por menos de perder lo que esta gane.

Si el gobierno francés no lo ha creído ya así, es muy posible que al fin lo crea, y que las gestiones del conde de Morny sean eficaces y abiertamente apoyadas por las del representante francés.

Ignoramos si se habrán hecho ya algunas indicaciones en este sentido, pero lo que sí parece que no puede ponerse en

duda, es que el conde de Morny haechado en la balanza todo el peso de su valimiento.

Consecuencia de ello ha sido sin duda, porque á otra causa no puede atribuirse, no habiendo como no hay razon alguna, medianamente estendible, que milite en favor de las pretensiones de la empresa concesionaria, que en el Consejo de ministros no haya unidad de miras, y que al paso que unos ministros opinan por que se declare desde luego caducada la concesion, otros crean este paso violento y quieran nuevas contemporalizaciones. El poco fundamento del modo de sentir de estos, aparece evidenciado, sin mas que tener en cuenta que, así como sus otros colegas reconocieron ellos que habia abuso, cuando se acordó la expedicion de la real orden que señaló el término de los quince dias, por que esta se acordó por unanimidad; pero el resultado es que insisten en su propósito, y que dispuestos los demás á no cejar, amenaza el asunto un conflicto que determine la salida del ministerio de aquellos que resulten en minoría. Entre los que están porque se declare la caducidad, figura en primer término el ministro de Fomento, que considerando la cuestion capital, por luchar en ella la justicia contra intereses poco legítimos, está decidido, segun se asegura, á separarse de sus colegas, en el caso de que prevalezca la opinion contraria á aquella que sustenta.

Y no es esta la única consecuencia grave que puede tener la manera con que el asunto se resuelva. El descontento de los pueblos de aquellas provincias ha tomado tales proporciones, y la efervescencia que en toda la estension de ellas reina, es tal, que hace inspirar fundadísimos temores de que el orden peligre, si se hace lo que los concesionarios apetecen.

A la agitacion, siempre creciente, que habia, han venido á dar mayores proporciones multitud de hojas sueltas que circulan hasta por los pueblos mas insignificantes, y que leídas con avidez son la chispa que basta para producir el incendio. Han llegado á nuestras manos algunas de estas hojas; las quejas que en ellas se expresan son fundadísimas; unos pueblos, que ven desaparecer el porvenir que se prometian, y que esperan continuar sumidos en la miseria y en el olvido, porque una empresa se opone á que los cruce una vía férrea que estaba llamada á llevar á ellos el bienestar y la abundancia, no pueden por menos de clamar contra la injusticia de que son victimas; pero contienen en cambio esos documentos escitaciones, que si disculpables por ser hijas de la pasion del momento y de la justa indignacion que allí reina, no son en modo alguno prudentes ni oportunas.

Escitar á unos hombres como aquellos, por cuyas venas corre aún la sangre árabe, á emplear la fuerza para hacer valer sus derechos, y en ocasion en que ven estos conculcados, y se hallan en el paraismo del furor, no nos parece nunca disculpable.

Dónde, como aun afortunadamente sucede entre nosotros, la justicia tiene tan gran peso y tantos partidarios, no hay necesidad de echar mano de esa *ultima ratio*. Basta hacerla valer con energía y oportunidad para que triunfe de todos los obstáculos.

Por esto mismo creemos que la resolucion del gobierno será favorable á los deseos de los interesados en la construccion, porque tienen la justicia á su favor. Pero al lado de esas vacilaciones que hay en el consejo de ministros, y de esos encontrados pareceres, debe ponerse el estado de los ánimos en aquellas provincias, y ser esta una razon mas para que se haga lo que ellas piden, y es á todas luces justo y razonable.

Que Cartagena necesita estar en comunicacion con la capital y con las provincias del centro de España, y que á la capital y á estas provincias les conviene estar en comunicacion con ella, y por su medio con todos los mercados del Me-

diterráneo, son dos cosas evidentes, y que contando esas provincias con los elementos necesarios para un ferro-carril, no debe privárselas de él, no lo es menos. La nación entera es partícipe de los perjuicios que la empresa concesionaria está irrogando á Cartagena, y si ya no es tolerable que se pospongan los intereses de una provincia á los de una empresa, lo es mucho menos aún que se pospongan los de toda una nación.

Aquellas provincias se obligan á construir el ferro-carril que la empresa no quiere hacer; cuentan con los medios necesarios para ello; arbitrarían, en caso de ser así preciso, otros mayores aun de aquellos que ya tienen disponibles, y esto sin gravámen ni perjuicio de los intereses del Estado; y tenerlas, no obstante, privadas de una vía de comunicacion que ellas mismas y con sus propios recursos pretenden abrir, es á todas luces absurdo é inconcebible.

La declaración de la caducidad de la concesion seria una medida, nó tan solo justísima y promotora del orden, sino también altamente moral y digna; moral, porque concluiría con los bastardos intereses que se agitan en el asunto; digna, porque se haría ver que el gobierno español no se deja influir por los extranjeros, ni renuncia á hacer un beneficio á España, porque de él no resulte quizá un perjuicio á una ciudad de otra nación.

Tan solo por esto, y aparte de otras consideraciones, debería acordarse la caducidad. Aquí, dónde se conserva incólume la tradicional altivez de los castellanos, no debe vacilarse en hacer abiertamente gala de ella. La vacilacion por sí sola es ya un atentado á esa misma honrosa tradicion.

Espérase con ansiedad la resolucion del gobierno, nosotros, despues de haberle advertido los peligros que hay y de haberle puesto de manifiesto lo que se dice y lo que se piensa acerca de las influencias que median en el asunto, y de las causas de sus vacilaciones, esperamos igualmente su resolucion para juzgarle. Siempre imparciales, y sin otro guía que la justicia y el bien del país, tendrá en nosotros alabanzas ó enérgicas censuras segun ella sea; alabanzas, si decreta la caducidad de la concesion; censuras, si contemporiza con los propósitos de la empresa concesionaria.

ODRACIR.

REVISTA DE MADRID.

Madrid atraviesa un período de calma extraordinario. Pudiera decirse que Madrid no existe, segun lo poco que de la coronada villa hay que referir.

Pasó el Corpus, y su procesion, que en este año por un breve pontifical ha salido por la tarde, no estuvo tan lucida como en años anteriores, por haberse encapotado el cielo amenazando lluvia. Sintieronlo á fe las niñas, y aunque no faltaron á la cita que para las calles Mayor y de Carretas se habian dado, acudieron sin el lujo y las galas que cada cual se estaba preparando. Esto hacia que los semblantes de todas estuviesen mustios, pues así como la cara es en la vida íntima el retrato del alma, en las muchachas retrata el lujo en el centro de la vida social.

Habia ya vuelto de Aranjuez la corte, gracias al completo restablecimiento de la infanta D.^a Concepcion, salvada, segun de público se dice, por un milagro, pues tal debe llamarse la curacion de la augusta niña, arrancada por la ciencia y con la bondad del cielo á las escuálidas garras de la muerte.

Con este motivo se habla de conceder otro nuevo título al Sr. Marqués de San Gregorio, quien por otra parte debe también prepararse para demostrar sus pro-

fundos conocimientos en el tremendo trance que le dispone el ya cercano alumbramiento de S. M. Si nosotros fuésemos el Sr. Corral, no podríamos menos de esclamar: *no ganamos para sustos*, aunque las ganancias fueran ducados de todas clases y marquesados de una sola.

¡Dios ponga tiento en sus manos!

Parecia natural que con la corte viniesen á Madrid las aventuras de otros días y las pasiones de siempre; pero nada de esto tenemos hoy. La época es de calma y de espectacion, y aunque la política está á la orden del día, y se habla de Marruecos, y de los embajadores, y de Italia, y del congreso, y de los algodones, ninguno de estos asuntos preocupa á la multitud. Existe una especie de indiferentismo estoico, y un *qué se me dá* tan absoluto, que si continúa va á conducirnos hasta el mismísimo tonel del cinico de Sinope. Menester es que algun acontecimiento grande nos arranque del marasmo, lanzándonos á intentar grandes empresas, ya que ni la anexion ó reincorporacion de Santo Domingo, ni la crisis metálica han producido en nuestra sociedad sensacion alguna.

Lo único que sigue ocupando algo á la prensa y al público de Madrid es la continuada representacion de *El Tanto por ciento*.

Ya dijimos que se proyectaba regalar una corona de oro al Sr. Ayala. Próximo está el día en que se eleve el proyecto á realizacion, pues en los primeros del mes entrante se celebrará una reunion de literatos y periodistas para tratar del asunto.

No fuera malo que ya que nuestra juventud ha decidido premiar los esfuerzos y el talento de otro joven poeta, se acordase de que existe en país extranjero, sin títulos, sin honores, sin recursos tal vez, el autor de *Sancho García* y *Don Juan Tenorio*, Zorrilla, el que en otro tiempo era apellidado *príncipe de los poetas*.

Cierto es también que muchas veces un testimonio palpable y material de entusiasmo dura menos y es mas perecedero que el intangible y espontáneo de la admiracion muda y respetuosa. Tal vez Zorrilla no cambie su gloria de poeta y sus pesares de espatriado por todas las coronas y todas las manifestaciones que á otros mas felices se prodiguen.

Los demás teatros, porque ya sabemos que el del Príncipe está ocupado con *El Tanto por ciento*, han seguido su marcha ordinaria.

El Real con su Sra. Lagrange, y preparando el estreno de la partitura del príncipe Poniatowski; quedan solos seis días de abono en el mes de junio, de manera, que la cosa ha de acelerarse si Mr. Bagier quiere que se represente.

El Circo cierra sus puertas con el mes de mayo, sin haber dado en estos últimos días cosa que merezca llamar la atencion.

El coliseo de la calle de Jovellanos sigue y seguirá funcionando, á lo que parece, gran parte del mes de junio, anunciando alguna zarzuela nueva, que se ha de cantar en los beneficios de Obregon, Sanz y Caltañazor. Poca gloria esperamos para las letras de todas estas obras en vía de representacion.

Siguen en cambio alcanzando triunfos los artistas racionales é irracionales de ambos circos ecuestres. Vemos en ellos con frecuencia invertirse el orden natural, y aplaudimos al hombre que semeja al mono y á la rana, tanto como al caballo que adquiere rasgos de inteligencia que le acercan al hombre.

Los Sres. Price y Ciniselli se ven constantemente favorecidos por un público, ávido de emociones, que asiste á aquellos espectáculos para ver y admirar las tremendas luchas del hombre contra lo imposible, y á contemplar al propio tiempo los descuidados encantos de las amazonas.

Definitivamente han concluido los conciertos, bailes y reuniones de la buena sociedad, quedando solo algun

que otra casa que recibe en confianza. Todos los elegantes que suelen frecuentar los salones de buen tono, se han dado el *adios* mas amable, prometiéndose volver en el invierno próximo á disfrutar de los atractivos que ofrecen la amistad y la confianza, no reñidas jamás con la etiqueta.

Aun se ignora qué camino emprenderá la familia real, cuando S. M. salga del estado embarazoso en que se encuentra, y de las consecuencias necesarias de su alumbamiento. Aunque muchos suponen que la corte visitará las provincias vascas, hay tambien quien cree que pasará lo que resta del verano, despues del restablecimiento de la Reina, en la Granja.

Y á propósito de S. M. Esta augusta señora ha adquirido algunos restos del magnífico tesoro arqueológico, hallado hace tres años en Guarrazar, y llevado al museo de Cluny por sus inventores. Lo que la Reina ha adquirido son varias coronas votivas de los reyes godos, con buena cantidad de piedras preciosas, y sendas cruces é inscripciones análogas al objeto de aquellos piadosos ofrecimientos.

El célebre literato D. Antonio Flores ha tenido no poca parte en el encuentro de tales monumentos arqueológicos, si bien los primeros que llegaron á manos de S. M. fueron presentados á la misma por unos labriegos de Guarrazar, que los habian encontrado.

El celebrado tesoro, vendido en parte á la Francia, tiene ya en España su representacion, de lo que, como es consiguiente, nos alegramos.

Ya que hemos hablado del Madrid visible y superficial, justo es que digamos algo del subterráneo. En éste continúan los robos, y ojalá que estos no saliesen á la superficie; pero proviniendo el intento y las causas de las profundidades de la tierra, los efectos se sienten sobre ella y á la luz del dia. Un droguero de la calle de Jacometrezo ha sido la última y desgraciada víctima de los ataques provenientes de las alcantarillas, y en varios puntos de la capital se han oido trabajos de zapa que han alarmado á los habitantes de la coronada villa. Quizá el miedo tenga no poca parte en estos ruidos, pero como el miedo guarda la viña, todo el que tiene dinero ú objetos que perder, procura ponerlos á recaudo. Felices en este caso los que nada tenemos.

Tampoco en esta REVISTA hemos hablado de bibliografía, pero guardamos la materia para cuando se publiquen nuevas obras que ya se anuncian.

Por todo lo no firmado,

El secretario de la redacción, MANUEL MURGUÍA.

PUNTOS DE SUSCRICION.

MADRID. Librerías de D. C. Bailly-Baillière, calle del Príncipe, número 11.—D. Leocadio Lopez, calle del Carmen, núm. 29.—D. Jose Cuesta, calle de Carretas, núm. 9, y en la administración del periódico, calle de la Magdalena, núm. 38. principal.

EN PROVINCIAS. *Albacete*. D. Ramon Sebastian Perez, librería.—*Alicante*. D. Felipe Gil, calle de la Princesa, núm. 17.—D. Pedro Ibarra, calle Mayor, librería.—*Almería*. D. Antonio Cordero, y D. Mariano Alvarez y Robes, libreros.—*Avila*. D. Francisco Garcés, librería.—*Badajoz*. D. Getónamo Orduña, librero.—*Barcelona*.—D. Antonio Nasch, Rambla de Sta. Mónica, núm. 4, entresuelo.—D. Juan Oliveres, calle de Escudillers, núm. 57.—D. José Ginesta, calle de Jaime I, núm. 3, librería.—Sres. Sala hermanos, calle de la Union, núm. 3, papelería.—D. Juan Maspon, calle del Conde del Asalto, núm. 39, 3.º.—*Bilbao*. D. Tiburcio de Artuy, librería.—*Burgos*. Sr. Revilla, calle de la Paloma, librería.—*Cádiz*, D. Abelardo de Carlos.—*Revista Médica*.—*Casellonde la Plana*. D. Juan Maria de Soto.—*Ciudad-Real* Don

Perfecto Acosta, calle de Toledo, núm. 33.—*Córdoba*. D. Francisco Lozano, calle de la librería, número 63, librería.—*Coruña*. D. Miguel Fernandez.—*Cuenca*. D. Pedro Mariana, librería.—*Cáceres*.—D. Francisco Zancado, Almacén del papel en el portal del Llano.—*Gerona*.—D. Felipe Constans.—*Grawada*. D. José Ventura Sabater.—*Guadalajara*. D. Manuel Lopez Pastor, calle Mayor Alta, núm. 3.—*Huelva*. D. Nicolás Dominguez.—D. Francisco Rosado y Doria.—Don José Redondo.—*Huesca*. D. Juan Carderera, administrador del periódico titulado *El Alto Aragon*, calle del Coso.—D. Felipe Martos Febrer, Plaza de Santa Maria, núm. 2.—*Jaen*. D. José Antonio Lontero, calle de Compañía.—*Las Palmas*. Librería de Urquija.—*Leon*. D. Ricardo del Arco.—*Lérida*. José Sol, librería.—*Logroño*. D. Francisco Iñiguez.—D. Domingo Ruiz, librería.—*Lugo*.—D. Celestino Martí, Plaza del Campo, núm. 8.—*Málaga*. D. Francisco de Moya librería.—*Murcia*. D. Antonio Molina, librería, y Fermin Guirao, librería.—*Orense*. D. Robustiano Perez de Santiago, calle de la Fuente del Rey, núm. 6.—*Oviedo*. D. Manuel Alvarez, librero.—*Palencia*.—Sres Gutierrez é hijos, librería.—*Palma de Mallorca*. D. Miguel Pons y Barrutia, frente al Horno de Capuchinos, núm. 36, principal.—*Pamplona*. D. Regino Bescansa, librería.—*Pontevedra*.—D. José Vilas, librero.—*Salamanca*. D. Clemente de Ferrater, Plaza de la Verdura, núm. 54, librería de Oliva.—D. Diego Vazquez, calle de la Rua, librería.—*Segovia*. D. Pedro Aguado, D. Eugenio Alejandro, D. José Martín, calle del Real, librería.—*Santander*.—D. Clemente Maria Riesgo, librería.—*Sevilla*. D. Enrique Adame, calle de Tetuan, ante de los Colcheros, núm. 24.—Señores hijos de Fé y compañías libreros, misma calle núm. 19.—*Soria*. D. Rafael de Vera, calle del Conde de Gomara, núm. 5.—*Santa Cruz de Tenerife*, Señores Bonet, hermanos, librería.—D. Luis Marin, calle de San Juan, número 11.—D. Juan N. Romero, calle de la Luz, librería.—*San Sebastian*. D. Ignacio Ramon de Baroja, librero.—*Tarragona*. D. Antonio Puigrubi y Canals, librería.—*Teruel*.—Vicente Mallen, librería.—*Toledo*. D. Juan Antonio.—Imprenta de Cea.—*Valladolid*. Sres. hijos de Rodriguez, calle de Orates núm. 31, librería.—*Valencia*. D. Juan de Leyva, calle del Molino de Robella, núm. 9.—Centro general de suscripciones, Caballeros, 1.—*Vitoria*. D. Juan Alvarez Vigil, calle del Prado núm. 12, cuarto 3.º.—D. Bernardino Robles, librería.—*Zamora*. José de Jesus Conde, calle de San Andrés, núm. 6.—*Zaragoza*. D. Vicente Andrés, calle de la Cuchillería núm. 42, librería.

EN EL EXTRANJERO Y ULTRAMAR. *Paris*, Mme. Denné Smith, rue Fabar, 2, entresol.—*Londres*, H. Baylliére.—*Bordeaux*, Chaumas.—*Berne*, Dalp.—*Bruzelles*, Tircher.—*Buenos-Aires*, Lucieu.—*Copenhague*, Hoest; G. A. Reitzel.—*Francfor-Sur-Le-Main*, *Hambourg* y *Munich*, direction des postes.—*Florence*, Molini.—*Havre (Le)*, Lemale.—*Habana*, Sres. Charlain y compañía: D. Augusto Font y Fatjó, oficinas del Monte Pio Universal.—*Lyon*, Marius Conchon, rue Impériale, n.º 15.—*Lisboa*, Silva, Junior, Melchiades.—*Marseille*, Cambin, frères.—*Méjico*, Morales y Burxog.—*Nápoles*, Aubry en Boutteaux Marghier, Dura, Mirelli New-York, Baylliére.—*New-Orléans*, Hebert.—*Genève*, J. Cherbuliez.—*Pesth*, Emie.—*Puerto-Rico*, Sr. de Acosta; don José Maria Sanchez y Enriquez.—*Rio-Janeiro*, Pinto y compañía; Rome, P. Merle. *Stockolmo*, Bonier.—*Santiago de Cuba*, D. M. Perez Dubrull.—*Toulouse*, Ginet y Privat.—*Turin*, Bocfal, frères, Marietti.—*Varsovie*, Natanson.—*Vienne*, Geroldet

Editor responsable, D. MANUEL MARTINEZ.

MADRID, 1861:

Imp. de la CRÓNICA DE AMBOS MUNDOS, á cargo de R. Berenguillo Magdalena, 38 principal.